

390  
ajo 6  
ra V

12006

ADMINISTRACION  
DE  
OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

# VÍ Y VENCÍ,

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

D. P. MORENO GIL.

Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela,  
el día 4.º de Setiembre, en la inauguracion de la seccion de verso  
del año cómico de 1864.



MADRID,  
IMPRESA DE F. MARTINEZ GARCÍA,  
calle del Oso, número 21.

1864

# CATALOGO

DE LA

## ADMINISTRACION GENERAL DE OBRAS DRAMÁTICAS

Y LÍRICAS

DE D. FRANCISCO RUBIO.

San Pedro Mártir, número 12, segundo.

### OBRAS DRAMÁTICAS.

#### EN UN ACTO.

Al que se hace de miel...  
Aventuras de un césante.  
Don Ramon.  
El huérfano ó el niño mendigo.  
¡ El Rey ha muerto ! ¡ Viva el Rey !  
Este cuarto no se alquila.  
Fuego entre ceniza.  
Fortunato Azares.  
Las pesquisas de mi suegro.  
Los dos preceptores.  
Los apuros de Gaspar.  
Me conviene esta mujer.  
Misterios de la calle del Gato.  
Pecador y arrepentido.  
¡ Presente, mi general !  
Por un hofeton un duelo.  
Receta contra los locos.  
Triana la Macarena.  
Un pollo que sufre mucho.  
Una carga de caballería.

Un casamiento original.  
Una obra de caridad.  
Vida prosáica.

#### EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.  
El pedestal de la estatua.  
El talisman.

#### EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez.  
Al borde del abismo.  
Beltran.  
Beppo el Aventuro.  
Don Tello de Guzman.  
El padre de familia.  
El honor y el trabajo.  
¡ Españoles, á Marruecos !  
Gabriela de Vergy.

La mejor joya, el honor.  
El lago de Glenaston.  
El matrimonio de conciencia  
La boda de Enriqueta.  
La flor trasplantada.  
La historia de una madre.  
La piedra de toque.  
La primera falta.  
La princesita.  
La profecía.  
La teoria de la voluntad.  
Las aves de paso.  
Loco de amor.  
Los franceses en España.  
Los polacos.  
Luz en la sombra.  
Marco Spada.  
Mártir siempre, nunca reo.  
Mi suegra y yo.  
Pobres y ricos.  
Un bandido de levita.  
Un dia en el gran mundo.  
Vi y vencí.

### ZARZUELAS (1).

#### EN UN ACTO.

Atala y Chaetas, L. y M.  
Batalla de amor, L.  
Cada loco con su tema, L.  
y M.  
Casado y soltero, L.  
El amor y el almuerzo, L.  
El Grumete, M.  
El hombre feliz (monólogo),  
M.

El Sonámbulo, M.  
Gracias á Dios que está puesta la mesa, L.  
Guerra á muerte, M.  
Impresiones de viaje, L.  
Julio César (monólogo), L.  
La cotorra, L.  
La pupila, M.  
La cruz de los Humeros, M.  
La zarzuela (mitad), L.  
La dama del Rey, M.

La vuelta del Corsario (2.<sup>a</sup>  
Pte. de *El Grumete*), M.  
Lo que de Dios está, L. y M.  
Las bodas de Juanita, L.  
Los dos ciegos, L.  
Pablito, L.  
Por cana más ó ménos, L. y M.  
Por un paraguas, L. y M.  
Un ayo para el niño, M.

(1) De las obras que van marcadas con las iniciales L. ó M., pertenece sólo á esta Administracion, la música ó el libreto, y las que llevan L. y M. corresponden á la misma por completo. — Toda partitura que se pida por los representantes de esta Galeria, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

VÍ Y VENCÍ.



Digitized by the Internet Archive  
in 2014

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

---

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid, 29 de Febrero de 1864.

El Censor de Teatros,  
ANTONIO FERRER DEL RIO.

PERSONAJES.

ACTORES.

---

CÁRMEN. . . . .	D. <sup>a</sup> ROSA TENORIO.
DOÑA MERCEDES. . . . .	BALBINA VALVERDE.
ROSA. . . . .	CONCEPCION PEREZ.
CÉSAR. . . . .	D. CEFERINO GUERRA.
DON ANTONIO. . . . .	JOSÉ CALVO.
EMILIO. . . . .	EMILIO MARIO.
JUAN. . . . .	RAFAEL CALVO.
RAMON. . . . .	MARIANO MATEOS.

---

Madrid: 1864.

---

---

---

# ACTO PRIMERO.



Gabinete elegantemente amueblado : puerta al foro y laterales : chimenea en primer término derecha : balcon en primer término izquierda.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA MERCEDES leyendo junto al velador. CARMEN á su lado bordando.  
JUAN aparece un momento despues en la puerta del foro.

JUAN. (Desde la puerta.)

¿Dan ustedes su permiso?

MERC. Adelante, Juan.

JUAN. (A Cármen, despues de saludarlas.)

¡Me agrada  
tanta aplicacion!... ¡Bonito  
dibujo! ¿Y papá?

CARMEN. Bien, gracias.

(Juan se sienta al lado de Cármen.)

MERC. ¿Y usted ha sabido ya  
de mamá?

JUAN. Sí; tuve carta  
ayer, en la que me dicen  
que sigue muy delicada.

MERC. Lo siento.

JUAN. Gracias.

MERC. ¡Los años  
son la carga más pesada  
de la vida!

CARMEN. ¿Ha visto usted

en el Príncipe ese drama  
de espectros?...

JUAN. ¡Yo, Carmencita!

MERC. ¡Esa pregunta me extraña!  
¿Pues no sabes que don Juan  
nunca va al teatro?

JUAN. ¡Rara  
vez!

CARMEN. Pues tiene usted mal gusto:  
yo iría siempre.

MERC. ¡Chis! ¡Calla!  
Don Juan hace bien en eso;  
su buen criterio le aparta  
de los peligros que busca  
la juventud, siempre ávida  
de placeres; y el teatro  
no es hoy, creo, por desgracia,  
la escuela mejor.

JUAN. (Con marcada hipocresía.) Si, Cármen:  
¡per fortuna usted no alcanza  
á comprender lo inmoral  
de nuestra escena! ¡Qué dramas!...  
¡Qué comedias!... ¡El amor  
hoy santifica las faltas  
más graves, y la virtud  
no es ya una prenda estimada  
como en otros tiempos!... ¡Esa  
es hoy la moral que arrastra  
á aquellos que desconocen  
los sentimientos del alma!

CARMEN. (¡Ya empiezan con sus sermones!)

MERC. Carmencita, aunque no escasa  
de talento, es una niña  
sin experiencia, y la extraña  
que la sociedad ofrezca  
tantos peligros.

JUAN. Pues nada  
crea usted exagerado;  
¡ni encerrado uno en su casa  
está libre de sus tiros!  
¡Hay tanto pillo con máscara  
de hombre de bien!

MERC. Es verdad,  
don Juan.

JUAN. ¡Ah!... Se me olvidaba  
decir á usted que hoy traeré  
el devocionario: acaba  
el librero de decirme  
que dentro de un rato vaya  
por él.

MERC. Agradezco á usted  
el interes que con tanta  
voluntad se toma siempre  
por mí.

JUAN. Señora...

CARMEN. ¿Y las láminas,  
son bonitas?

JUAN. (Mirando á Cármen.) ¡Muy bonitas!...

CARMEN. (Viendo salir á D. Antonio.)

¡Ah! ¡Papá!

JUAN. (Tengamos calma.)

## ESCENA II.

DICHOS. D. ANTONIO, por la izquierda, con una carta en la mano.

JUAN. (Levantándose.)

Don Antonio...

ANT. Quieto, quieto.

JUAN. Permítame usted...

MERC. ¿Qué carta

es esa?

ANT. Venia á hablaros  
sobre ella.

JUAN. Si estorbo...

ANT. ¡Nada  
de eso! Al contrario; usted es  
de la familia.

JUAN. Mil gracias.

(¡Ojalá... pero lo dudo!)

ANT. Me escribe mi amigo Palma,  
el profesor, noticiándome  
que hoy vendrá, por la mañana,

su recomendado, un jóven  
de dotes muy estimadas,  
para preparar á Emilio  
á que tome el grado. (Dirigiéndose á Juan.)

Rara

le parecerá tal vez  
á usted mi pretension.

JUAN.

Nada

de eso.

ANT.

Como el plan vigente  
autoriza la *enseñanza*  
*doméstica*, he preferido  
que venga un maestro á casa  
mejor que mandar á Emilio  
á un colegio; el tarambana  
hubiera mejor querido  
campear solo, á sus anchas;  
pero ¡ya ve usted, su edad!...  
¡Ya no es un niño!... Y con tanta  
libertad, en un carácter  
como el suyo, es darle alas  
para todo.

JUAN.

Ha hecho usted bien.

ANT.

En fin, creo que si él trata  
de aplicarse mucho, este año  
será bachiller.

JUAN.

(Ya escampa.)

MERC.

Sí; si él estudia...

ANT.

Lo hará

CARMEN.

Dice que Dios no le llama  
por ese camino.

(Se oye dentro la voz de Emilio.)

ANT.

Ahí viene

si no me engaño.

JUAN.

(Viendo á Emilio en la puerta.)

(¡Qué lástima

de cabo loco!)

### ESCENA III.

DICHOS. EMILIO, que entra tarareando por el foro.

- EMILIO. (Entrando.) ¡La paz  
sea en esta santa casa!
- ANT. ¿Qué modo de entrar es ese?
- EMILIO. ¡Mi genio bromista!... (¡Cáscaras,  
qué cara pone mi tío  
tan fea!) No he dicho nada.
- ANT. ¿De dónde vienes? ¿Por qué  
has salido esta mañana  
sin mi permiso, dí?
- EMILIO. Vámos  
por partes: vengo de casa  
de don Fernando.
- ANT. ¿De qué?
- EMILIO. De entregarle en buena plata  
las limosnas que mi tía  
recogió en las Calatravas  
ayer.
- ANT. (A doña Mercedes.)  
¿Eso es cierto?
- MERC. Sí.
- EMILIO. Gracias por la confianza,  
querido tío.
- ANT. Ya sabes  
que nunca quiero que salgas  
sin saber á dónde vas.
- EMILIO. Está muy bien.  
(Dirigiéndose con malicia á Juan, que estará hablando con  
Cármén.)  
(¡Su constancia  
alabo!...)
- JUAN. (¡A que le santiguo  
si empieza ya con sus chanzas!)
- ANT. (A Emilio.)  
Ven conmigo: ya te he dicho  
que tengo que hablarte.
- EMILIO. ¡Vaya!

¿Y se pone usted para eso tan grave?

ANT. ¡Emilio!..  
MERC. ¿Así faltas

al respeto que á tu tío debes tener?

ANT. ¡Hum!  
EMILIO. ¡Si nada puede uno decir!... Yo soy bromista, y á veces...

MERC. Calla, si es que puedes.

ANT. Sígueme á mi despacho.

EMILIO. (¡Caramba, que se pone serio!)

ANT. (A Juan.) Usted me dispensará esta franca confianza: voy á hablarle del asunto...

JUAN. (A D. Antonio.) Nada, nada; la sujecion es la base del estudio.

ANT. Esa es mi táctica: con que hasta luégo.

JUAN. Hasta luégo, don Antonio. (Váse D. Antonio por la derecha.)

MERC. (A Emilio, que habrá vuelto á acercarse á Cármen.) Vamos, anda.

EMILIO. (Riéndose.) Decía á mi prima...

JUAN. (Con curiosidad.) ¿El qué?

CARMEN. ¡Que va á estudiar mucho!

EMILIO. (Mirando á Cármen.) Vaya, ya lo creo: ¿qué no haría yo por...

(Reparando en doña Mercedes.)

(¡Ah, mi tia!.. ¡Cáscaras, si me oye echarla una flor!)

(Vase riéndose por la derecha.)

JUAN. (¡El primito es una ganga!)

## ESCENA IV.

DOÑA MERCEDES, CARMEN, JUAN.

MERC. (Sentándose.)

Dispénsele usted; es un niño  
sin malicia.

JUAN. ¿Yo?.. ¿Por qué?

Las bromas ya sabe usted  
que son hijas del cariño.

(A Cármen.)

¿No se sienta usted?

(Tomian asiento al lado de doña Mercedes.)

## ESCENA V.

DICHOS, RAMON.

RAMON. (Desde la puerta del foro.) Señora...

JUAN. (Levantándose.)

(Maldito seas, amen.  
¡Qué querrá este cafre!)

MERC. ¿Quién

es?

RAMON. Un jóven.

MERC. ¿A esta hora?..

¡Será el profesor!

(A Ramon.) ¿Su nombre?

(Ramon entrega la tarjeta á doña Mercedes.)

MERC. (Leyéndola aparte.)

(Federico Ruiz Villalba.)

(Cármen y doña Mercedes se levantan.)

JUAN. (¡Le juro... aunque tenga calva,  
guerra mortal á ese hombre!)

MERC. (A Ramon.)

Que pase. (Vase Ramon.)

JUAN. (Viendo que Cármen da un beso á doña Mercedes.)

(¡Se vá!)

CARMEN. Hasta luégo,

- señor don Juan. (Cármén se retira por la izquierda.)  
**JUAN.** (¡Apartarla  
de mi lado! ¡Ha de pagarla  
ese dómine!)  
**MERC.** Le ruego  
que por mí reciba usted  
á ese jóven: voy á hablar  
á Emilio...  
**JUAN.** Bien.  
**MERC.** Y avisar  
á su tío.  
**JUAN.** Así lo haré.  
(Vase doña Mercedes por la derecha.)  
(Juan coge un libro del velador, vuelve la butaca hácia la chi-  
menea y se sienta.)

## ESCENA VI.

**JUAN, CESAR** por el foro.

- CESAR.** (Desde la puerta.)  
Caballero...  
**JUAN.** (Sin volverse.) (A la otra puerta.)  
**CESAR.** (Entrando.)  
(No me ha oído.) Don Antonio...  
(Reconociendo con sorpresa á Juan y acercándose á la butaca.)  
¡Don Juanito!  
**JUAN.** (Dando un salto en la butaca.)  
¡Don demonio!..  
(Sorprendido al ver á César.)  
¡César!..  
**CESAR.** ¡Calla!.. Que está abierta  
la puerta... Yo soy aquí  
Villalba.  
**JUAN.** ¿Tú?  
**CESAR.** Licenciado  
en letras, y graduado  
en derecho: con que así,  
ve y calla.  
**JUAN.** ¡Comprometer  
de esa manera á un amigo

tan bueno, y ser yo testigo  
de tus locuras!.. ¡Hacer  
á Federico juguete  
de tus seducciones!..

CESAR. ¡Hombre!..

JUAN. Nada en ello hay que me asombre  
mas...

CESAR. Vas á hacer el cadete  
conmigo!.. Además, ahora  
Federico está ocupado  
con su mujer...

JUAN. ¿Se ha casado?

CESAR. Y no teniendo una hora  
suya, para dedicar  
su talento á la enseñanza,  
pone en mí su confianza  
y vengo aquí en su lugar.  
Con que escúchame, y así  
sabrás mi plan.

JUAN. Ya sospecho...

CESAR. Yo siempre me voy derecho  
al asunto.

JUAN. Es que...

CESAR. Oye.

JUAN. Di.

CESAR. Esta casa es un convento...

JUAN. Que profanar no debias.

CESAR. Y tú, gran pillo, ¿te hacias  
esa cuenta cuando el viento  
te trajo por aquí?

JUAN. Yo...

soy casi parte integrante  
de la familia!..

CESAR. ¡Tunante!..

JUAN. Mi tia...

CESAR. Ya; te encargó  
que con fina hipocresía  
en obsequio á la amistad,  
buscasses aquí tu edad  
de oro!.. Pues chico, tu tia  
no contaba, me parece,  
con la huésped.

- JUAN. Es decir...
- CESAR. Que te vengo á combatir  
frente á frente.
- JUAN. No merece  
tu descabellado plan  
que me altere.
- CESAR. Eso me alegra.
- JUAN. Yo... cuento ya...
- CESAR. Con la suegra,  
eh?
- JUAN. Tal vez.
- CESAR. Me alegro, Juan.
- JUAN. Además, en cuanto diga  
yo quién eres...
- CESAR. ¿Si?... Corriente;  
pues... en cuanto yo les cuente  
la historia de cierta amiga!...
- JUAN. ¿Quieres callarte?
- CESAR. De Lola,  
por ejemplo; entónces...
- JUAN. (Sobresaltado.) ¡Hombre!
- CESAR. ¿Te has puesto malo?
- JUAN. ¡Ese nombre  
me aterral... Callaré.
- CESAR. ¡Hola!
- JUAN. Pero al ménos... me dirás...
- CESAR. Todo; pero escucha y calla:  
ántes de dar la batalla,  
completo mi plan sabrás.  
Hace un mes que paseando  
á pié por la Castellana  
ví un ángel... de forma humana,  
que iba en un coche. Cambiando  
de direccion, en el Prado  
la ví despues; no diré  
qué me pasó, mas quedé  
ciegamente enamorado.  
Indagué, supe quién era,  
busqué quien me presentara  
en la casa... ¡Quién pensara  
que su padre la tuviera  
en tan cruel reclusion!...

En fin, Juan, supe que aquí  
nadie entraba, y dije: «¿Sí?...

Yo encontraré una ocasión».

Jamas pensé, lo confieso,  
en tí. ¡Ni aun imaginarme  
pude que tú presentarme  
pudieras!

(Movimiento de sorpresa en Juan.)

No; ya sé que eso  
no lo hubiera conseguido  
tampoco; y casi me alegro:  
sé que nuestro amable suegro  
te lo hubiera prohibido;  
pero... ¿qué quieres?... La suerte  
me abrió camino.

(Bajando más la voz y con misterio.)

Una noche  
ví á mi buen tío en el coche  
de don Antonio: tan fuerte  
fué mi emoción... que en seguida,  
—pretextando gran cuidado  
por haberme noticiado  
que peligraba su vida,—  
fuí á ver á mi buen tío,  
y aunque al pronto me acogió  
según costumbre, tragó  
el anzuelo: aunque algo frío  
é impasible, pues no es tonto,  
me perdonó mis locuras;  
pero yo aun estaba á oscuras  
de lo que iba á hacer: muy pronto...  
formé mi plan!

(Con entonación algo exagerada.)

¡Una tarde!...  
¡Qué tarde!... ¡Tan vaporosa...  
como era tu Lola hermosa!

(Movimiento de disgusto en Juan.)

Dispénsame que haga alarde  
de lo que fué.

JUAN.

¡Hombre!

CESAR.

Prosigo:

(Breve pausa.)

Esa tarde, aunque con harta  
 impaciencia, ví una carta  
 que dirigia su amigo  
 á mi tio.

(Abrazándole.)

¡Ay Juan!

JUAN.

Ya estoy.

CESAR.

¡Le encargaba... un buen maestro  
 para su sobrino! Diestro  
 como una ardilla, me voy  
 á ver un antiguo amigo  
 que llenaba por completo  
 las condiciones; someto  
 á él mi proyecto, y me obligo  
 á ocupar su puesto: él duda,  
 mas sus escrúpulos venzo...  
 y en fin, chico, le convenzo  
 de todo, acepta y me ayuda.

(Mirando fijamente á Juan, que estará muy pensativo.)

Vengo aquí...

JUAN.

¡Ya!

CESAR.

Y lo primero

que diviso es un rival  
 que, á fuer de jóven formal,  
 visita este hogar: le entero  
 de todo, lleva un gran susto  
 al principio, mas despues  
 piensa con sumo interes  
 su plan de ataque. ¡Es muy justo!  
 Frunce el gesto porque hablar  
 no puede, y piensa con juicio;  
 que su hoja de servicio  
 tiene mucho que tapar.  
 Derrochador, calavera,  
 víctima es de su pecado,  
 pues jamas ha respetado  
 ni á casada ni á soltera.  
 ¡Si ese velo á descorrerse  
 llegara, en el hondo abismo  
 se hundiria!... Por lo mismo  
 conoce que, sin perderse,  
 descubrirme no le es dado,

porque otro tanto le espera.  
 ¡Ay de él... si el suegro se entera  
 de su más leve pecado!  
 ¡Adios, dulces emociones!  
 ¡Adios, brillante tesoro!  
 ¡Adios, ilusiones... de oro!  
 ¡Adios, viejos patacones!

(Juan demuestra su impaciencia.)

Es una triste verdad  
 al ciego niño sujeta,  
 que el amor ya no respeta  
 ni la más firme amistad!  
 Si á Aristóteles profundo  
 le hubiera incitado Eva,  
 se come él solo la breva  
 á costa de todo el mundo.  
 Que el amor es un mal bicho  
 desde nuestro padre Adan;  
 yo lo siento mucho, Juan,  
 ¡más cómo ha de ser!... He dicho.

(Breve pausa.)

JUAN. ¿Concluiste?

CESAR. Concluí.

JUAN. ¿Con que á todo estás dispuesto?

CESAR. ¡A qué no estará un maestro  
 como yo!

JUAN. Pues oye.

CESAR. Dí.

JUAN. Yo en tus manos he confiado  
 un pleito de gran valía,  
 y sólo saber queria  
 si en tu plan descabellado  
 entra este asunto.

CESAR. (Con seriedad.) En conciencia  
 no debia contestarte;  
 si enemigo en otra parte,  
 soy tu abogado en la Audiencia.

JUAN. Es decir...

CESAR. Que ganaremos  
 el pleito... y ni una palabra  
 más sobre este asunto.

JUAN. Bien.

- CESAR. Hablemos, pues, del belén  
que hoy por hoy mi dicha labra.  
¿Tú amas á la niña?
- JUAN. Yo...
- CESAR. Habla francamente.
- JUAN. Sí.
- CESAR. Pues, chico, yo vengo aquí  
á no recibir un no...
- JUAN. Ya me lo figuro.
- CESAR. Incierta  
es mi situación, lo sé;  
pero á todo apelaré  
ántes de tomar la puerta.  
Con que así, tus condiciones  
espero, con la franqueza  
con que yo te he hablado: empieza,  
que ya te escucho.
- JUAN. Razones...  
de importancia, aunque te asombre,  
han hecho que mi amor...
- CESAR. Sí.
- JUAN. Ya sabes que ando así, así.
- CESAR. ¡Sin un cuarto!... Ya estoy.
- JUAN. ¡Hombre!
- CESAR. ¡Y como la chica es rica!...
- JUAN. No digo...
- CESAR. Lo digo yo,  
es igual.
- JUAN. Es que yo no...
- CESAR. Adelante con la chica.  
¿Ella te ama?
- JUAN. No lo sé.
- CESAR. Pues estás adelantado.
- JUAN. ¡Si tú me hubieras dejado  
más tiempo!...
- CESAR. ¡Ya!... ¡Volveré  
si te parece!
- JUAN. ¡Hombre, sí;  
me harías un gran servicio!
- CESAR. El caso es que estoy de oficio  
hace un cuarto de hora aquí;  
si no...

- JUAN. Es decir...
- CESAR. Que tu plan espero, y que ha de ser pronto.
- JUAN. Pero si tú...
- CESAR. No seas tonto y aprovecha el tiempo, Juan.
- JUAN. Pues bien, yo ceder, no cedo por ningun concepto.
- CESAR. ¡Bravo!
- JUAN. Aunque tu experiencia alabo no debo tenerte miedo. Callaré... por darte gusto, y porque en fin...
- CESAR. (Con ironía.) Gracias, Juan.
- JUAN. En cambio...
- CESAR. Donde las dan las toman; eso es muy justo. Serás para mí un extraño. Tú de mí...
- JUAN. Yo no sé nada.
- CESAR. Por lo demas, declarada la guerra: si tú en mi daño trabajas, yo haré lo mismo, como es natural.
- CESAR. Corriente; lucharemos frente á frente hasta el fondo del abismo.
- JUAN. Despues... el que derrotado salga, el campo dejará por completo.
- CESAR. Bien: se irá con la música á otro lado.
- JUAN. Nada tengo que añadir: ¿aceptas?
- CESAR. Sin restriccion.
- JUAN. Pues...
- CESAR. Empieza la funcion: tú á rezar y yo á gruñir.
- JUAN. (Con marcada ironía acercándose á César.) Señor maestro, le ruego que ate usted codo con codo al muchacho: sobre todo,

¡mucho griego... mucho griego!  
**CESAR.** Señor don Juan, por si un día  
 mi resolución le asusta,  
 puede usted ir ya, si gusta,  
 contandoselo á su tía.

**JUAN.** Allá veremos.

### ESCENA VII.

**DICHOS.** D. ANTONIO por la derecha.

**CESAR.** (A Juan viendo salir á D. Antonio.)

(Chiton:

cada uno atiende á su juego.)

¡Ejem! (Volviéndose hácia D. Antonio.)

Servidor de usted.

**ANT.** Señor mío, ¡cuánto siento

haberle hecho á usted esperar!

Un negocio...

**CESAR.** Nada de eso;

yo soy el que sentiría

distraer á usted un momento

de sus asuntos.

**ANT.** No tal.

**CESAR.** (Examinando á D. Antonio de arriba á abajo.)

(No me disgusta mi suegro.)

**JUAN.** (A D. Antonio, poniéndose los lentes y mirando con marcada  
 atención á César.)

Este caballero es...

**ANT.** (A Juan.) Si;

el que, con notable acierto,

me recomienda mi amigo

Palma.

**CESAR.** Sé que no merezco

tanta distinción.

**JUAN.** ¡ Ah!... Si:

el que viene de maestro

de Emilio.

**CESAR.** Soy profesor

en letras.

**JUAN.** Ya, ya comprendo:

ustedes creo que enseñan,

segun marca el plan moderno,  
un poco de todo, ¿eh?  
Quiero decir, un ligero  
barniz... científico.

CESAR.

Eso es:  
(Con marcada intencion.)

Así se evita, á lo ménos,  
que despues sean cazurros,  
hipocritones y necios  
muchos que en la sociedad  
ven en el cercado ageno  
su propia hacienda.

ANT.

Es verdad.

CESAR.

(Mirando á Juan que estará impaciente dando vueltas á una silla.)

Yo, francamente, confieso  
que, aunque mi genio es pacífico,  
me hacen siempre mal efecto  
esos caractéres débiles

y afeminados; que el tiempo  
emplean sólo en visitas,  
dando continuo tormento  
á los muebles de una sala.

ANT.

Sí señor; son, en efecto,  
una polilla social:  
sobre ese punto tenemos  
la misma opinion.

CESAR.

(Bajo á Juan.) (Empiezas  
mal.)

ANT.

Justamente por eso  
está mi casa cerrada  
á todo el mundo.

CESAR.

Bien hecho.  
¿Es sin duda hijo de usted  
tambien este caballero?

ANT.

No señor; es un amigo  
de confianza, á quien tengo  
el gusto de presentar  
á usted.

CESAR.

(Dando la mano á Juan.)

Mucho lo celebro!

(Vete.)

JUAN.

(Bajo á César.) (Soy de confianza.)

- ANT. ¿Con que marchó al extranjero por fin nuestro amigo Palma?
- CESAR. Sí señor; anoche.
- ANT. ¿Creo que lleva una comision importante del gobierno?
- CESAR. Sí señor: va á examinar unos cronicones viejos de España que se conservan por fortuna en el Museo Británico.
- ANT. ¿Y los traerá?
- CESAR. Lo dudo.
- JUAN. Y yo.
- ANT. Segun eso, ¿lo ménos estará un mes en Inglaterra?
- CESAR. Tal creo.
- JUAN. ¡Esa es tu suerte, tunante!
- CESAR. (Volviéndose hácia Juan.) ¿Decia usted?...
- JUAN. (Reponiéndose.) O yo recuerdo mal, ó ese señor tenia un sobrino?...
- CESAR. (Desentendiéndose.) No sé.
- JUAN. Un trueno completo, un calaveron de fama.
- CESAR. Tal vez...
- ANT. Si, cierto; un jóven que de continuo le daba, sin miramiento alguno, muchos disgustos: siempre que me hablaba de eso se enfurecia.
- JUAN. Si dicen del tal sobrino...
- CESAR. (Inquieto.) Algun cuento.
- JUAN. Ca, no señor; si era el jefe de la partida del trueno tan famosa.
- CESAR. (Con intencion á Juan.)

Ya conozco  
la partida: pero... creo  
que hace ya tiempo que quedan  
de ella sólo algunos restos:  
usted tal vez... estará  
más enterado.

JUAN. (Desconcertado.) ¡No veo  
la razón!

CESAR. Se me figura  
que se ha de ocupar más de eso  
que yo: mis obligaciones  
no me dejan nunca tiempo  
de estudiar vidas ajenas:  
en cambio usted, á lo que infiero,  
tendrá tiempo para todo.

ANT. (A César.)  
Si usted quiere, pasaremos  
á mi despacho, y allí  
le hablaré á usted del proyecto  
que me proporciona el gusto  
de conocerle.

CESAR. Agradezco  
su fina atención: por mí  
estoy á todo dispuesto.

ANT. Pues vamos: señor don Juan  
dispénsame usted un momento.

JUAN. Con mucho gusto.

ANT. Entre tanto  
puede usted hacerme el obsequio  
de preparar bien á Emilio  
para que deje bien puesto  
el pabellón: ahora mismo  
le haré que salga.

CESAR. (Dando la mano á Juan.) Celebro  
la ocasión... (Bandera negra,  
¿quieres?... Pues date por muerto.)

(Entran César y D. Antonio por la puerta de la derecha: César desde la puerta dirige irónicamente otro saludo á Juan.)

## ESCENA VIII.

**JUAN** pensativo: **CARMEN** aparece en la puerta del foro izquierda, donde se detiene hasta que supone que han entrado César y D. Antonio en el despacho: luego se dirige lentamente hacia Juan: un momento despues sale **EMILIO** por la derecha y se acerca tambien á Juan por el otro lado.

**JUAN.** ¡Mucho en su talento fia!...  
Sin embargo, procuremos  
no dar ningun golpe en falso,  
que él no pierde nunca el tiempo.  
Mientras yo sostener pueda  
mi papel, llevo en efecto  
gran ventaja.

**CARMEN.** ¿Está usted hablando solo?

**JUAN.** (Con acento cariñoso, volviéndose hacia Cármen.)  
Yo... tal vez.

**CARMEN.** Apuesto  
á que sé lo que es.

**JUAN.** No digo  
lo contrario.

**CARMEN.** ¿A que lo acierto?

**JUAN.** Me alegraré. (¡Verla á solas  
es un milagro estupendo!)

**CARMEN.** Cuando uno habla á solas es  
porque... ¿lo digo?

**JUAN.** Eso espero.

**EMILIO.** (Que estará ya al lado de Juan.)  
Porque no tiene con quién.

**CARMEN.** (Riéndose.)  
Está claro.

**JUAN.** (Dominándose.) (¡Habrà mastuerzo!  
¡No podia el angelito  
presentarse más á tiempo!)

**EMILIO.** ¿Qué queria usted, don Juan?

**JUAN.** ¿Yo? Nada, hijo mio.

**EMILIO.** Ello  
debe ser algo: mi tio  
me ha dicho que...

**JUAN.** (Con indiferencia.) ¡Ah!.. Si; en efecto.

CARMEN. (Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.)

Voy á buscar á mamá.

EMILIO. (Llamándola.)

Cármén... ¿me quieres?

CARMEN.

Te quiero.

EMILIO.

¿Mucho?

CARMEN.

Mucho.

EMILIO.

¿Como cuánto?

CARMEN.

Más que á mi gatito negro.

(Vase corriendo por la derecha.)

## ESCENA IX.

JUAN, EMILIO.

(Emilio acercándose á Juan que permanecerá inmóvil, despues de haber escuchado con reprimida calma el final de la escena anterior.)

EMILIO.

¡Ji, jí!... ¡Qué bonita es!...

¿No es verdad?

JUAN.

(Reprimiéndose.)

(¡Este muñeco

va á hacer que yo el mejor día

le retuerza aquí el pescuezo!)

EMILIO.

Ya espero á usted.

JUAN.

¿Sí?... ¡Pues hijo,

si usted forma un gran empeño!...

EMILIO.

Le escucharé como un sordo,

(Riéndose estúpidamente.)

porque de fijo... preveo

que será algun sermoncito.

JUAN.

(Remedándole.)

¿Un sermoncito, eh?...

EMILIO.

¿No es cierto?

¡Hombre, hombre!... Me parece

que está usted hoy más risueño

que otros días.

JUAN.

¿Con que estoy?...

EMILIO.

Si, señor: más satisfecho.

JUAN.

Pues...

EMILIO.

¡Ji, jí, jí! La que á mí

se me escape.

JUAN.

(Con seriedad, dando media vuelta.)

Pronto vuelvo.

(Si estoy más aquí, se queda  
sin bautismo este muñeco.)

EMILIO.

¿Se ha puesto usted malo?

JUAN.

(Reprimiéndose.)

¿Yo?...

Creo que sí.

EMILIO.

Pues lo siento:

¿y qué le digo á mi tío  
cuando salga?

JUAN.

Que no tengo

paciencia para sufrir

bromitas de un embeleco. (Vase por el foro.)

## ESCENA X.

EMILIO, despues CARMEN.

EMILIO.

¡Canastos! ¡Se me figura,  
si mal no he entendido, que eso  
lo dice por mí!.. ¡Es que yo  
no aguanto!... ¡Pues está bueno  
que todos aquí me traten  
como á un chiquillo!.. ¡Confieso  
que me voy cargando!

CARMEN.

(Desde la puerta de la derecha.) Emilio,  
Emilio.

EMILIO.

Yo no consiento...

CARMEN.

(Entrando)

¿Se ha marchado ya don Juan?

EMILIO.

(Enfadado.)

Sí.

CARMEN.

¿Qué tienes?

EMILIO.

(Con naturalidad.) Que me he puesto  
furioso.

CARMEN.

¿Por qué?

EMILIO.

¿Por qué...

Dime, ¿soy yo un embeleco?

CARMEN.

¿Qué es un embeleco?

EMILIO.

Un mono

ó cosa así.

CARMEN.

(Fijándose mucho en Emilio.)

Yo no veo...

¡Quiá... ¡No!... El que todas las tardes  
trae el del organillo, cierto,  
no tiene como tú, talma,  
ni corbata, ni sombrero.

EMILIO. Pues don Juan me lo ha llamado.

CARMEN. (Dudando.)

Entónces...

(Con inocente resolucion.)

Yo no lo creo.

EMILIO. ¡Si otra vez vuelve con esas!...

Me habia dicho allá dentro  
tu papá que me esperaba  
para hablarme, y en vez de eso  
se va, insultándome así;  
y yo no sufro...

CARMEN. Me alegro  
que se haya marchado.

EMILIO. Sí,  
pero...

CARMEN. Está siempre tan serio  
que me gusta más estar  
contigo.

EMILIO. Sólo por eso  
le perdono.

(Variando de entonacion.)

Porque yo  
tambien... no sé lo que siento  
cuando nos dejan sólitos.

CARMEN. (Acercándose á Emilio con mucho misterio, despues de ver que  
nadie les observa.)

¡Chist! ¿Me vas á hablar de aquello?

EMILIO. ¿De qué? ¡Ah! sí: si tú quieres...

CARMEN. Pero bajo.

EMILIO. Por supuesto.

(¡Ji!... ¡Qué calavera soy!)

(Se sientan los dos muy juntitos.)

CARMEN. Quedamos...

EMILIO. Ya, ya me acuerdo.

El entraba en el jardin  
por las noches, en secreto;  
y ella... abria con sigilo  
la reja.

CARMEN. ¡Jesus!... ¡Qué miedo!...  
 EMILIO. Daba tres palmadas, y él se acercaba.

CARMEN. ¿Y luégo?  
 EMILIO. Luégo

se decian mil ternezas,  
 y mil amantes requiebros,  
 y qué sé yo cuántas cosas:  
 despues... con mucho silencio,  
 ella sacaba la mano  
 y él...

CARMEN. ¿Qué hacia?  
 EMILIO. Darla un beso.

CARMEN. (Bajando los ojos.)  
 ¡Jesus!... ¡Qué pícaro!... ¿Y ella se dejaba?

EMILIO. ¡Ya lo creo!  
 Si eso ya entre los amantes  
 no es pecado.

CARMEN. ¿No?

EMILIO. No.

CARMEN. ¿Y luégo,  
 qué es lo que pasó?

EMILIO. Despues  
 formaron el gran proyecto  
 de escaparse, porque el padre  
 era un señoron muy terco  
 que la queria casar  
 á la fuerza con un viejo  
 muy rico.

CARMEN. ¿Qué picardía!

EMILIO. (Con intencion.)  
 ¿No es verdad que es novelesco  
 el lance?

CARMEN. Mucho que sí.

EMILIO. ¿Te gusta?

CARMEN. Pues ya lo creo.

EMILIO. Si tú quisieras... Carmela.

CARMEN. ¿Qué?

EMILIO. Que nosotros podemos  
 hacer lo mismo.

CARMEN. Es verdad;



## ESCENA IX.

DICHOS. DOÑA MERCEDES.

MERC. (Dirigiéndose á Emilio, que se separa del lado de Cármen.)  
Veo que usted se propasa.

EMILIO. ¡Yol... ¿Por qué?

MERC. (A Cármen.) ¿Qué te decia  
Emilio?

CARMEN. (Mirando á Emilio.)  
¿A mí?

EMILIO. (Con aturdimiento.) Nada, tía;  
que ya estaba el viejo en casa.

MERC. ¿Qué viejo?

EMILIO. (Desconcertado.) Quiero decir...  
el maestro.

MERC. Es que cuidado  
con lo que se dice.

EMILIO. (¡He dado  
un traspiés!)

MERC. Debo advertir  
que es, por si lo ignora usted,  
un bellissimo sugeto,  
á quien tendrá usted el respeto  
que á su tío.

EMILIO. Así lo haré.

MERC. Aunque es jóven, acreedor  
es á todo miramiento  
por su elevado talento.

EMILIO. Respetaré al profesor;  
lo prometo.

MERC. Bien está :  
veremos cómo se porta.

CARMEN. (Bajo á Emilio.)  
(¿Lo ves?... ¡Si es jóven!)

EMILIO. (A Cármen.) (No importa.)

MERC. ¿Qué es eso?

CARMEN. Nada, mamá.

EMILIO. (Riéndose maliciosamente.)  
(¡Si supiera!...)

MERC. ¿Se marchó

don Juan?

EMILIO. (Con ridícula seriedad.)

Hace media hora.

MERC. ¿Media hora?

EMILIO. Sí, señora :  
por cierto que me insultó  
al despedirse.

MERC. ¿A tí?

EMILIO. ¡A mí!

¡Y con un tono muy seco!

CARMEN. ¡Dice que es un embeleco!

MERC. ¿Don Juan?

EMILIO. Sí, señora, sí.

MERC. Algun motivo habrás dado;  
porque él es muy comedido.

EMILIO. Lo será; pero él se ha ido  
despues de haberme insultado;  
¡que si pienso ántes en ello!...

MERC. ¡Emilio!...

CARMEN. Tiene razon,  
mamá.

MERC. ¡Niña!

EMILIO. (¡La cancion  
de siempre!) Si me querello,  
es con justa causa.

MERC. Bien,  
pues cállate; ya habrá modo  
de que yo lo sepa.

EMILIO. (¡A todo  
hemos de decir amen!)

MERC. Tu tio viene.

EMILIO. (¡Manía  
más rara!)

MERC. Vamos á ver  
si empieza usted por hacer  
alguna majadería.

EMILIO. Bueno.

MERC. Mucha sumision;  
que aquí nadie se rebela.

EMILIO. (¡Pues, como un chico de escuela  
cuando va á dar la leccion!  
¡Eso de tratarme así

les va á salir á la cara  
un dia!... ¡Si no mirara  
que es mi tia!...) (Se dirige hácia el foro.)

MERC.

Quieto ahí

EMILIO. (Cuadrándose.)

Firmes, ar.

MERC.

¡Me desespero!...

¡Empieza usted ya á jugar?

CARMEN.

¡Y sabe el paso!...

MERC.

¡A callar!

CARMEN.

¡Como va á ser artillero!

## ESCENA XII.

DICHOS. CÉSAR y D. ANTONIO, que salen hablando por la puerta  
de la derecha.

ANT. (A César.)

Pues bueno; cuando usted quiera:  
desde mañana...

CESAR.

Corriente.

ANT. (Presentándole á Emilio.)

Este jóven es...

EMILIO. (Cuadrándose.) (Presente.)

ANT. Mi sobrino.

(Bajo á César.) ¡Un calavera!

CESAR. (Sonriendo maliciosamente al ver á Emilio.)

¡Sí, eh?... ¡Ya!

ANT. (A Emilio.)

Este caballero

viene á ser tu profesor  
desde mañana.

CESAR. (Dando la mano á Emilio.)

En rigor...

su buen amigo.

ANT.

Yo espero

que cumplirás sin desvío  
tu deber.

CESAR.

Así lo hará:

yo aseguro que será  
el orgullo de su tío.

MERC.

(¡Qué talento! ¡Me enagena!)

- ANT. (Presentándole á Cármen.)  
Mi hija.
- MERC. ¡Una niña!
- ANT. Si tal.
- CESAR. (A doña Mercedes, despues de haber saludado cariñosamente á Cármen.)  
¡Es un tipo angelical!  
¡Doy á usted la enhorabuena!
- CARMEN. (Mirándole á hurtadillas.)  
(¡Qué amable es el profesor!)
- EMILIO. (¡Pues no es tan feo el maestro!)
- MERC. (Á don Antonio.)  
(¡Es tan fino como diestro!)
- ANT. (A doña Mercedes, señalando la frente.)  
(¡Y de aquí... ¡Qué... ni un doctor!  
¡Hemos hallado una mina!)
- CESAR. (Á Emilio.)  
Con que, amigo mio, ¿vamos  
á estudiar mucho, eh?... Seamos  
hombres de peso!  
(Mirando á Cármen.) (¡Hum! ¡Divina  
criatura!... Me conviene.)
- EMILIO. (A César.)  
Prometo á usted...
- CESAR. (Volviéndose maquinalmente hácia él.)  
Sí...
- EMILIO. Que haré  
cuanto pueda.
- CESAR. Ya lo sé.  
(Con marcada intencion mirando á Cármen.)  
(Y yo tambien.)
- ANT. (A doña Mercedes.) (¡Si me tiene  
encantado!)
- CESAR. (Satisfecho.) (Bien va el plan.)
- CARMEN. (¡Cómo me mira!)
- ANT. (A doña Mercedes.) (¡Es un pozo  
de ciencia!)
- CARMEN. (¡Y es un buen mozo!  
¡Me gusta más que don Juan!)

## ESCENA XIII.

**DICHOS.** JUAN por el foro derecha con dos devocionarios de lujo en la mano; despues **RAMON.**

**JUAN.** (Entrando.)

Ya estoy de vuelta.

**CESAR.**

(¡Maldita

la falta que hacias!)

(Juan entrega los devocionarios á doña Mercedes.)

**MERC.**

(Á Juan.)

¡Cuánto

siento que usted se incomode!

**JUAN.**

¡Incomodarme!... Al contrario.

(A Cármen, que habrá cogido uno.)

¿Le gusta á usted?

**CARMEN.**

¡Qué bonito!...

¡Y tiene cantos dorados!

**CESAR.**

(Muy grave á Juan.)

Tiene usted acaso comercio...

**JUAN.**

¿De qué?

**CESAR.**

(Señalándolos.)

¿De devocionarios?

**JUAN.**

(Muy serio.)

No señor.

**CESAR.**

No... Lo decia

porque tenia un encargo

de una señora...

**ANT.**

Pues nadie

mejor que don Juan...

**JUAN.**

(¡Canastos!)

**ANT.**

Puede acompañar á usted.

**CESAR.**

(Con ironía.)

¿Es usted aficionado...

á compras?...

**JUAN.**

(¡Me estoy luciendo!)

**ANT.**

Conoce Madrid á palmos.

**CESAR.**

(A Juan.)

Acepto con sumo gusto

su ofrecimiento.

**JUAN.**

(A César.)

Si en algo

puedo servirle...

CESAR. Mil gracias.

JUAN. (Bajo á César.)  
(¡Ya verás la que te he armado.)

CESAR. (Mirando á Juan con detencion.)  
¿Se siente usted mal, don Juan?

JUAN. (Sorprendido.)  
¡Yo!... ¡No!... Es que estaba pensando...

MERC. (Mirándole.)  
En efecto...

CESAR. Si, no hay duda;  
esa cara... usted está malo.

JUAN. (Con aturdimiento.)  
No... no, señor.

CESAR. Me parece...

ANT. Don Juan, debe usted ser franco.

JUAN. No; si... la...

EMILIO. (Bajo á Juan.) (¿Ya sabe usted  
deletrear?... Pues ya es algo.)

CESAR. Retírese usted, don Juan.

JUAN. (Cargado.)  
(¡Hombre!)

CESAR. El tiempo está muy malo  
y no se debe jugar  
con la salud.

ANT. Eso acaso  
no será nada, y si usted  
lo descuida...

JUAN. (¡Voto al chápиро.)

Pero, señores, si yo  
estoy bien.

CESAR. Haga usted caso  
de lo que le dicen.

JUAN. (¡César!...

¡No me pinches más, que estallo!)

CESAR. ¡Bien, si está usted ya mejor!...

JUAN. Sí señor.

ANT. Sin duda el cambio  
de temperatura...

JUAN. Eso

habrá sido.

CESAR. No es extraño.

JUAN. (Volviéndose hácia César.)

Con que el señor es el digno  
profesor...

ANT.

Recomendado  
por mi amigo Palma : yo  
como, la verdad, no salgo  
de mis negocios, no entiendo  
más que de cuéntas, y es claro,  
no queria obrar á ciegas  
en este asunto. (A César.) Aquí, en cambio,  
don Juan es hombre instruido,  
y le dará á usted más datos  
sobre los estudios que hizo  
mi sobrino hace dos años.

JUAN.

Con mucho gusto.

(Volviéndose hácia César.)

¿Qué método  
sigue usted de los usados  
para el griego?

CESAR.

¿Yo?..

JUAN.

Sí.

CESAR.

Yo...

yo sigo el método... práctico.

JUAN.

No le conozco.

CESAR.

(Ni yo.)

JUAN.

¿Y qué autor?..

CESAR.

¡Psch!.. ¡Son tan malos  
todos!

EMILIO.

Tiene usted razon.

JUAN.

Pero alguno...

EMILIO.

El de Lozano  
dábamos nosotros.

CESAR.

¡Justo!..

ese es el que es ménos malo.

(No le he visto por el forro.)

JUAN.

¿Y en matemáticas?

CESAR.

Hago

lo mismo: la explicacion  
es... (metámoslo á barato)  
la que, segun la experiencia,  
da hoy mejores resultados  
en la enseñanza : á los jóvenes

se les descarga algun tanto  
de esas lecciones pesadas,  
y...

JUAN. Pues yo opino...

CESAR. (Interrumpiéndole.) No trato  
de probar que, en absoluto,  
se siga el método... práctico;  
hay algunas excepciones!..

(Fijándose en el piano.)

¡Oh!.. ¡Magnífico piano!

¿Tal vez esta señorita  
se dedica al dulce encanto  
de la música?

JUAN. (¡Habrà pilló!)

ANT. Aun no; pero le he comprado  
con ese objeto.

CARMEN. Y ya pronto,  
desde primeros de año,  
empezaré á dar leccion.

CESAR. (¿Es decir, que no ha empezado?  
Bien; procuremos sacar  
partido de todo.)

MERC. ¡El canto  
es su pasion favorita!...

EMILIO. ¡Y tiene una voz!...

CESAR. Lo aplaudo.

JUAN. (A César.)

¿Y usted... no canta tambien?

CESAR. (A Juan.)

¡Yo!... (Sólo canto en la mano.)

No señor... lo que es cantar  
no; pero hace algunos años  
fué la música mi único  
patrimonio.

(Todos le escuchan con cierta admiracion.)

No es extraño:

mi padre fué un profesor  
de los más notables; tanto,  
que llegó á formar escuela  
con sus notables trabajos.

JUAN. (A César con ironia.)

¿Y qué instrumento tocaba

su buen padre? El contrabajo,  
el órgano, el violín,  
ó...

CESAR. (A Juan.)

(¡Tú sí que estás tocando  
el violón!) Poseía,  
como buen maestro, varios;  
pero era más conocido  
como pianista.

ANT.

¡Cuánto  
me alegro!... Y usted tal vez...

CESAR.

Estudí con él diez años,  
y seguí su profesion,  
hasta que al fin tomé el grado  
de...

JUAN.

¿De bachiller en lenguas?

CESAR.

¡Justo!

EMILIO.

(¡Por eso habla tanto!)

CESAR.

¡Oh!... De mi antigua carrera  
tengo recuerdos muy gratos!...  
Gaztambide, Arrieta y otros,  
dieron sus primeros pasos  
conmigo en el noble arte  
que hoy profesan.

ANT.

¿Sí?

JUAN.

(¡Canastos!)

ANT.

¡Hola, hola!...

JUAN.

(¡No se puede  
mentir ya con más descarol!)

ANT.

Pues eso le honra á usted...

CESAR.

Mucho.

EMILIO.

(Mi maestro es un armario  
sin fondo.)

CESAR.

Por consiguiente,  
si usted cree que mi escaso  
conocimiento en la música  
puede servirle de algo,  
en las primeras lecciones  
á esta señorita...

ANT.

¡Y tanto!...

JUAN.

(¡Será capaz!...)

CARMEN. (Con alegría.)

Sí, papá.

- ANT. Confieso á usted que no hallo palabras para expresarle mi asombro.
- CESAR. (A D. Antonio.) Pues nada, cuando usted quiera, empezaremos.
- ANT. Por mí...
- JUAN. ¿Decido yo el caso? (Abriendo el piano.)  
El piano espera á usted.
- CARMEN. ¡Ay, sí!... Toque usted un rato.
- EMILIO. *La Lucía, El Trovador...*  
cualquier cosa.
- CESAR. (Mirando á todos con aturdimiento.)  
¡Yo!...
- CARMEN. Sí.
- JUAN. (Cogiéndole del brazo.) Vamos,  
no se haga usted de rogar.
- CESAR. (¡Uf... yo sudo!) (Dando un pellizco á Juan.)  
(¡Sardanápalo!)
- JUAN. ¡Ay!
- ANT. ¿Qué es eso?
- JUAN. Nada... nada.
- CESAR. ¿Se ha puesto usted otra vez malo?
- JUAN. No señor.
- ANT. ¿No?... Con franqueza...
- CESAR. Usted está muy delicado,  
don Juan, y opino que debe retirarse.
- JUAN. (Sonriéndose.) ¿Yo? Al contrario;  
si estoy como ningun dia:  
¿con que vamos al piano?
- CESAR. No se haga usted el valiente...  
que luégo los resultados...
- MERC. ¿Quiere usted algo, don Juan?
- JUAN. Gracias, señora; el piano nos espera.
- RAMON. (Desde la puerta del foro.)  
La señora  
baronesa del Amparo.
- MERC. Que pase á mi gabinete. (Vase Ramon.)
- CESAR. (Uf... respiro: ¡me he salvado!)
- MERC. (A César.)  
Usted me permitirá...

CESAR. Yo... señora.

MERC. (A Cármen, que estará con Emilio cerca del piano.)

Niña, vamos.

CARMEN. Voy, mamá. (Acercándose á Juan.)

Don Juan, que usted

se alivie.

CESAR. (Conteniendo la risa.)

Ya se ha pasado,

me parece.

MERC.

Emilio.

EMILIO. (Acercándose.)

Tía.

MERC. (Bajo á Emilio.)

Sube al momento á tu cuarto  
á vestirte.

EMILIO.

¿Para qué?

¿Para servir de lacayo?

MERC.

Para que acompañes luégo  
á esa señora.

EMILIO.

¡Ya!

MERC.

Vamos.

EMILIO.

Voy: con permiso de ustedes.

(Vase por la izquierda.)

MERC.

(Saludándolos.)

Hasta despues. Cármen...

CARMEN. (A César)

Cuánto

me voy á aplicar.

CESAR.

¿Sí?

CARMEN.

Mucho.

CESAR.

Así lo espero.

(Vanse por el foro izquierda doña Mercedes y Cármen.)

(A Juan.)

(¡Es *bocato*

*di principe!*)

JUAN.

(De mal humor.)

(¿Sí? Me alegro.) (Queda pensativo.)

CESAR.

(Y yo, Juan.)

ANT.

Con que quedamos

en que mañana...

CESAR.

(Mirando con intencion á Juan y cogiendo el sombrero.)

Daremos

principio á nuestros trabajos.

ANT.

¿Se va usté?

CESAR.

(Poniendo á Juan el sombrero en la mano.)

Acompañaré

á don Juan.

JUAN. (¿Si estaré malo  
de veras?... Creo que sí.)

CESAR. (Con ironía.)  
¡Como está tan delicado!...

ANT. Pues saludaré un momento  
á esa señora, y abajo  
en mi coche esperaré  
á ustedes.

CESAR. Muy bien

ANT. Yo salgo  
al momento. (Vase por el foro.)

## ESCENA XIV.

CESAR, JUAN.

CESAR. (Hoy mismo escribo  
á mi tío; que si gano  
su voluntad...)

JUAN. ¡Pero César!...

CESAR. Nada te asombre.

JUAN. ¿Has pensado  
bien en dónde te has metido?

CESAR. Pues qué, ¿una niña y un párvulo  
me van á asustar á mí?

Ademas, no soy tan ganso  
que no pueda estudiar griego,  
y árabe, y ruso, y polaco,  
y cuanto sea preciso,  
aunque sea con el diablo.

JUAN. ¿Y la música?

CESAR. Si toco  
admirablemente el *tango*  
y el *¡Ay, mamá!*

JUAN. ¡Pues entonces!...

CESAR. Con que ya ves si son malos  
mis principios. Ademas,  
Barbieri me dará un rato  
de leccion todas las noches,  
pues segun dice un adagio...

JUAN. Sí...

CESAR. Para las ocasiones  
son los amigos!...

JUAN. ¡Es claro!

CESAR. (Abrazándole con entusiasmo.)

¡Ay, Juan!... ¡Si eso no es mujer!...

¡Es un ángel que ha bajado  
del cielo á hacerme feliz!

JUAN. ¡Chico, chico, qué entusiasmo!

CESAR. No lo dudes; yo estoy loco,  
y ántes de ceder un paso,  
soy ya capaz de decir  
al suegro, si es necesario,  
que soy... bajá de tres colas,  
con que no te asustes.

JUAN. ¡Malo!

Pero hombre... ¡y yo!...

CESAR. Ten paciencia,  
amigo Juanito.

JUAN. ¡Es que hablo!...

CESAR. Aunque hables más que una suegra!  
O es mía...

JUAN. Pero...

CESAR. (Saliendo por la puerta del foro.)

¡O del diablo!

JUAN. (Después de un ligero momento de meditacion.)

¡Oh!... ¡Qué idea!... Voy á casa  
de Villalba en cuatro saltos.

¡César es Villalba aquí!...

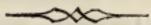
¡Pues Villalba me ha salvado!... (Vase por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.



La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

EMILIO y CARMEN aparecen estudiando sobre el velador que está al lado de la chimenea.

CARMEN. (Llamándole la atencion.)

Emilio, Emilio.

EMILIO. ¿Qué quieres?

CARMEN. ¿Te sabes ya la leccion?

EMILIO. No; pero me falta poco.

CARMEN. (Repasando su leccion.)

Re, la, mi, do.

EMILIO. (Idem.) *Mu, nu, ro.*

Prima, ya sé hacer el mú!

CARMEN. ¿Y para eso das leccion?

EMILIO. Sí, prima, pero es en griego!

CARMEN. ¡Pues aquí dice *mi, sol!*

¿Quién será mi sol, Emilio?

EMILIO. ¡Toma!... quién ha de ser!... yo!

CARMEN. ¡Sí; tú!

EMILIO. Pues claro.

CARMEN. (Fijándose en el libro que tiene Emilio.)

¿Qué es eso?

EMILIO. Letras

CARMEN. ¡Ay, qué confusion!

- EMILIO. ¡Como que está en griego!
- CARMEN. ¿Y tú vas á aprender eso?
- EMILIO. ¡Yo!..
- Me parece que no.
- CARMEN. ¿Y quién ha escrito eso?
- EMILIO. ¡Salomon!
- CARMEN. Pero dime, Emilio: ahora, ¿no habla nadie así?
- EMILIO. Ya no; si esta es una lengua muerta.
- CARMEN. ¡Ay primo! ¿Y tendrás valor para andar con cosas muertas?
- EMILIO. Eso mismo digo yo: pero tu papá se empeña en variar mi inclinacion, y ya no quiere que sea artillero; ¡es un error el quitarle á uno su gusto! Ayer, al dar la leccion de historia y geografia, se lo indiqué al profesor, y me dijo que él haria variar su resolucion. ¡Si vieras qué bueno es!
- (Con misterio.)
- ¡Me habló!..
- CARMEN. (Con curiosidad.) ¿De qué?
- EMILIO. De que yo.. soy un jóven de provecho; y que... en fin...
- CARMEN. ¿El qué?
- EMILIO. ¡Que soy todo un hombre!
- CARMEN. Pues á mí...
- (Con inocente rubor.)
- no digas nada ¿eh?— me habló de muchas cosas; me dijo, pero con mucha expresion, que tenia buenos ojos... que era muy bonita... y yo...

lo creí, porque...

EMILIO. ¡Ji, ji!

CARMEN. Como al fin es profesor,  
él debe saberlo todo.

EMILIO. ¡Ya lo creo!.. Yo no soy  
maestro y lo sé, con que él  
ya ves!..

CARMEN. Y tiene una voz  
tan clara, que cuando habla  
se le entiende todo.

EMILIO. Y hoy,  
¿no te ha dicho nada?

CARMEN. Nada;  
¡sino he dado la lección  
todavía!

EMILIO. Pues no debe  
tardar; porque cuando entró  
con tu papá en el despacho,  
me dijo: «Al momento voy  
á salir; suplico á usted  
que vaya estudiando el *ro*».

CARMEN. ¿Y qué es eso?

EMILIO. ¿El *ro*? Otra letra  
griega.

CARMEN. ¡Ya!

EMILIO. La única que hoy  
se conserva entre las amas  
de cria.

CARMEN. ¡Anda!... ¡Qué aprension!

EMILIO. Con que dime...

CARMEN. ¿Qué?

EMILIO. ¿Ensayamos  
eso?

CARMEN. ¿El qué?

EMILIO. ¡La escena de hoy:  
la de la flor!

CARMEN. (Levantándose.)

¡Ah! sí; empieza:

Voy á cerrar el balcon.

(Figurando mirar hácia la calle.)

¡Ay!

EMILIO. ¿Qué?

CARMEN. Ya está allí el cadete,  
paseando al rededor  
del cajon de los canarios!

EMILIO. ¿Le has contestado ya?

CARMEN. No.  
¡Si no entiendo una palabra  
de la carta!...

EMILIO. Déjalo  
para luégo: ven ahora.

(Cármén cierra el balcon y se acerca á Emilio; que estará colo-  
cando el bastidor de bordar encima del velador.)

EMILIO. Esta es la reja.

CARMEN. Bien.

EMILIO. (Pasando al lado opuesto del bastidor.)

Yo...

á este lado.

(Colocando una silla detras del velador.)

Esta es la fuente  
del jardin.

CARMEN. Bueno.

EMILIO. (Retirándose hácia el foro.) Entro, y doy  
tres palmadas.

CARMEN. (Haciendo girar el bastidor.)

Y yo... abro

la reja.

EMILIO. ¡Jí, jí!

(Cogiendo una pluma y poniéndosela en el gaban.)

«Esta flor

» sea el emblema querido

» de mi acendrada pasion.

(Acercándose al velador y con afectada entonacion.)

» Laura, Laura...

CARMEN. » Roger mio,

» ¿eres tú?

EMILIO. » ¿Quién, sino yo,

» puede acercarse á mirar

» el fulgente resplandor

» de esos dos bellos luceros

» que abrasan mi corazon?

» ¿Quién, sino yo, dulce prenda,

» imágen viva del sol,

» puede llegar hasta tí.»

CARMEN. ¡Que se tuerce el velador!

EMILIO. (Sin hacer caso.)

«¿Quién, sino yo, vida mia,  
»escucha la dulce voz  
»de tu sonoro acento,  
»de tu plácida canción?  
»¿Quién, sino yo, ¡ay!... suspira  
»por tu amor?... ¿Quién sino yo?  
»Abrazada por el fuego  
»que arde en mi pecho, esta flor  
»sea la fiel mensajera  
»de mi vehemente pasión.

(Le da la pluma por entre el bastidor. César aparece en la puerta de la derecha.)

»Deposítala en tu seno,  
»y si el destino feroz  
»nos separa para siempre,  
»ella te hablará de amor.

CARMEN. »¡Roger... mil veces la muerte

»antes que olvidarte!

EMILIO. »¡Oh!

»Permíteme, Laura mia,  
»que en premio de esta pasión  
»que arde en mi pecho, en tu mano...»  
—saca la mano—«mi amor  
»deposite un tierno beso.»

CARMEN. No, no; lo del beso no!

EMILIO. (Cogiéndola la mano por entre el bastidor.)

Es preciso.

CARMEN. Estate quieto.

EMILIO. «¡Laura, Laura!»

CARMEN. Suelta, ó doy

voces.

EMILIO. «¡Laura!»

CÉSAR. (Adelantándose.) ¡Muy bien!

CARMEN. ¡Ah!

EMILIO. (¡El maestro!.. ¡Nos cogió!)

## ESCENA II.

DICHOS. CESAR.

- CESAR. ¡Quietecitos!.. ¡Que por mí  
no se acabe la funcion!
- EMILIO. Yo diré á usted, es que Carmela...
- CARMEN. ¡Yo no! ¡Diga usted que no,  
que ha sido él!
- CESAR. ¡Si todo ello  
no vale nada!
- CARMEN. (¡Yo estoy  
temblando!)
- CESAR. ¡Puede haber más  
inocente distraccion!  
Porque supongo que eso  
seria... ¡un juego de amor!  
De ese noble sentimiento  
que engrandece el corazon  
y hace de cada hombre un héroe!
- EMILIO. ¿Y de cada mujer?
- CESAR. Dos.
- EMILIO. ¡Ya lo creo! ¡Ji, jí, jí!  
(¡Da á las cosas un color!)
- CESAR. (A Emilio.)  
¡Tengo que reñir á usted!
- EMILIO. ¿A mí?
- CESAR. ¿Por qué no ha entrado hoy  
á ver á su tio? Está  
enfadado, y con razon.
- EMILIO. ¿Por qué? ¿Porque salí anoche  
sin su permiso?... No soy  
tan niño que...
- CESAR. Vaya usted  
á verle, que aquí estoy yo  
para defenderle en caso  
necesario.
- EMILIO. Sí señor;
- pero...
- CESAR. Ya hablaremos luégo;

¡cuando yo lo digo!...

EMILIO.

Voy;

¡ah! ¿Le espero á usted allí?

CESAR.

Hoy daremos la leccion  
en esta sala.

EMILIO.

Está bien;  
al momento vuelvo. Adios,  
primita; que estudies mucho.

CARMEN.

Bien.

CESAR.

De eso respondo yo.

(Vase Emilio por la derecha.)

### ESCENA III.

CARMEN, CESAR.

CARMEN. (Con temor.)

(¡Me va á reñir!... ¡De seguro!...)

CESAR. (Acercándose.)

Carmencita.

CARMEN.

Bien merezco  
su regaño, mas le ofrezco  
que no lo haré más; lo juro  
si es preciso.

CESAR. (Con cariño.)

¡Regañar  
yo á usted!... ¿Y con qué derecho?  
Ademas, que nada ha hecho  
que se pueda censurar.

CARMEN.

¿De veras?

CESAR.

Vamos á ver;  
¿me contestará usted á todo  
lo que la diga, de un modo  
franco?

CARMEN.

Así lo pienso hacer;  
pues sé toda la leccion  
de memoria, y sin un punto.

CESAR.

Bien; pues vamos al asunto:  
présteme usted su atencion. (Se sientan.)  
Todo cuanto la rodea  
lo ama usted... como ama un niño;  
no ve usted otro cariño,  
y es preciso que lo vea.  
La mujer es una flor

- que muy pronto se marchita.
- CARMEN. ¡Una flor!.. ¿Y es muy bonita?
- CESAR Como el ángel del amor.
- CARMEN. No le conozco.
- CESAR Lo sé;  
por eso la quiero hablar,  
porque pronto va á habitar  
en su pecho.
- CARMEN. (Con admiracion.) ¿Para qué?
- CESAR. Para dar vida y aliento  
á ese corazon de niño;  
para grabar el cariño  
más puro del sentimiento.
- CARMEN. Y yo, ¿por qué he de sentir  
si á nadie daño le he hecho?  
¡Ni estoy enferma del pecho,  
ni yo me quiero morir!
- CESAR. ¡Morir!.. Si es dar nueva vida  
de mil encantos cercada!
- CARMEN. ¿Qué, la que tengo es prestada?
- CESAR. No, pero vive dormida.  
Y aunque es verdad que la infancia  
ese sueño guarda fiel,  
cuando despertamos de él  
lloramos nuestra ignorancia.
- CARMEN. Si en afligirme se empeña...
- CESAR. Hablaré á usted de otro modo. (Pausa.)  
¿Qué ama usted hoy?
- CARMEN. Yo... amo todo  
lo que Cristo nos enseña.  
Amo á Dios, porque á Él le debo  
cuanto soy y cuanto valgo;  
amo á mis padres... y algo  
á Emilio también.
- CESAR. Apruebo  
tan santo amor, pues Dios mismo  
le grabó en su corazon:  
¿pero nunca otra pasion...  
otro amor... que el Catecismo  
no enseña, por otro alguno  
no ha sentido usted?
- CARMEN. (Recordando.) Ese amor...

yo creo que no señor;  
no, no señor, á ninguno.  
¡Ni creo que exista un sér  
comparado con los dos!..  
¡Como á mis padres y á Dios,  
á quién puedo yo querer!..  
Grande es ese amor, lo sé;  
pero... ¿jamás ha sentido  
otra voz dulce en su oído  
que haya conmovido á usted?  
¿Que en su infantil alegría  
le haya hecho á usted olvidar  
sus juegos, y suspirar  
por quien su amante creía?  
Emilio...

CARMEN. Nunca he sentido  
eso por él!...

CESAR. ¿No?... ¿Qué escucho!...

CARMEN. Y le quiero mucho... mucho;  
como siempre le he querido.

CESAR. Nada en ello hay que me asombre:  
Emilio, al fin, es un niño,  
y ese amoroso cariño  
se fija siempre en el hombre.

(Marcando ya mucho su intencion.)

En quien sepa comprender  
todo su inmenso valor;  
que amor es grande, y amor  
es tan sólo la mujer.

CARMEN. (Con inocente rubor.)  
Yo sólo sé...

CESAR. ¿Qué?

CARMEN. ¡Me da  
mucha vergüenza ya!

CESAR. Acaso  
sin motivo.

CARMEN. Es que es un paso...

(Con ligereza, despues de una breve pausa.)

Yo no sé lo que querrá;  
¡nunca le he hablado!..

CESAR. ¿A quién?

CARMEN. Es

un cadete, que me vió  
cuando papá me llevó  
al teatro: esto hace un mes  
ó más! Pues desde esa noche  
siempre con Emilio va;  
y si salgo con mamá,  
vayamos á pié ó en coche,  
en todas partes le hallamos  
haciendo unas contorsiones  
y unos gestos!.. ¡Los cordones  
son muy bonitos!

CESAR. Bien; vamos...  
por partes: ¿qué más?

CARMEN. (Con temor.) Ayer...

CESAR. ¿Sepamos qué hizo el cadete?

CARMEN. (Sacando una carta del bolsillo.)  
Me dió Emilio este billete  
de su parte.

CESAR. ¡Oh!... ¡Eso es hacer  
las cosas en regla!... ¡Bravo!...  
¿Y qué dice el atrevido  
guerrero?

CARMEN. Yo no he entendido  
nada: tome usted.

CESAR. (Leyendo.) «Acabo  
»de formar ya por entero  
»mi resolucion; si usted  
»me ama, hoy mismo le hablaré  
»á su papá, pues la quiero  
»desde la hera en que la ví.»  
¡Se explica el niño!

CARMEN. Confieso  
que no sé qué hacer con eso.

CESAR. Pero... ¿usted le quiere?

CARMEN. (Con inocencia.) A mí...  
me parece que no.

CESAR. (Con satisfaccion.) Todo  
se arreglará... lo mejor  
que se pueda.

CARMEN. ¿Y ese amor,  
que ahí explica de otro modo,  
es malo?

CESAR.

Aunque causa daños  
á veces, es solamente  
un pasatiempo inocente  
propio de los pocos años.  
El amor que yo he querido  
pintar á usted... no se enseña!

(Cármén baja ruborizada los ojos ante la expresiva mirada de César.)

Se siente... ó es muy pequeña  
el alma!

CARMEN. (Levantándose.) Ya he comprendido.

CESAR. ¡Oh!... ¡Feliz, feliz aquel  
que en su tierno corazón  
pueda encerrar su pasión!

CARMEN. ¡No sea usted tan cruel  
conmigo!... ¿Por qué enseñar  
sabe usted esas cosas?

CESAR. Yo...

CARMEN. Si amar es sentir... no, no,  
no quiero saber amar.

(Vase corriendo por la izquierda.)

## ESCENA IV.

CESAR.

¡Pobre Juan!... ¡Aunque te asombre,  
mi triunfo entero reclamo!

*Vi y venci*; César me llamo:

¡he honrado mi augusto nombre!

## ESCENA V.

CESAR y EMILIO que sale muy compungido por la puerta de la derecha.

CESAR. ¿Qué es lo que le pasa á usted?

¡Qué cara tan compungida!

¿Ha habido algún pelucon?

EMILIO. ¡Sí señor; los buenos días

de mi tío, casi siempre  
son con bombo y campanillas!  
Si no hubiese entrado...

CESAR. ¡Hombre,  
si también se insubordina  
usted!... Y luego, esas cosas  
se piensan más, se meditan  
con más juicio: el escaparse  
así de casa...

EMILIO. Es que...

CESAR. Indica  
poco tacto.

EMILIO. ¿Y qué he de hacer?

Yo no soy ninguna niña  
para estar siempre pegado  
á las faldas de mi tía.

CESAR. ¡Sí, está bien!... Pero se busca  
un pretexto que nos sirva  
de defensa.

EMILIO. Sí, ya baja;  
aunque dijera que iba  
por la Bula! ¡Si otra vez  
me trata como hoy!...

CESAR. (Con marcada intencion.) Su prima  
le consolará despues...

EMILIO. ¿Quién,  
Cármen? ¡Pues si las riñas  
que tengo son casi todas  
por ella!

CESAR. ¿Sí?... Yo creía...

EMILIO. No señor; la quiero mucho,  
pero, al fin, es una niña  
y... me compromete.

CESAR. ¡Hola!  
Con que usted...

EMILIO. La dije un día,  
en confianza se entiende,  
un secreto... y en seguida  
se lo contó á su mamá.

CESAR. Es claro, usted la diría  
alguna cosa... algo verde...

EMILIO. ¡Quia!... No.



esas cosas, porque ya  
no sufro ni que mi tía  
me ponga una mala cara.

CESAR.

¡Hombre!...

EMILIO.

¡A la primera riña  
hago una barbaridad!

CESAR.

Eso es una tontería;  
¡si no hay motivo para eso!  
Confíese usted á mí, y siga  
mis consejos.

EMILIO.

Sí, señor,  
los seguiré.

CESAR.

Bien. (Breve pausa.) Su prima  
de usted, decia, si mal  
no recuerdo...

EMILIO.

(Bajando la voz.) Sí; que un día  
la dije, pero en secreto,  
que...

CESAR.

¡Vamos!... ¿Que alguna niña  
de veinte á treinta... eh?

EMILIO.

¡Ji, ji!

CESAR.

Bien, hombre, bien.

EMILIO.

Que la víspera  
de Carnaval me encontré  
una jóven muy bonita...  
que iba sola. Yo la dije,  
por detras, que era muy linda.  
Y ella...

CESAR.

EMILIO.

Volvió la cabeza,  
me dirigió una sonrisa,  
y yo... la seguí; despues...  
la hablé.

CESAR.

¡Ya!

EMILIO.

Y me dió una cita  
para aquella misma noche,  
en su casa.

CESAR.

¡Ola!

EMILIO.

Vivia  
con una tía muy vieja  
en la calle de Sevilla.

CESAR.

(¡Dios te ilumine, hijo mio!)  
¿Y usted acudió á la cita?

EMILIO. Clarò está.

CESAR. Con que una jóven...

EMILIO. Muy gruesa.

CESAR. ¡Ya!... madurita.

EMILIO. Me dijo que me adoraba,

y que el amor que leia

en mis ojos hácia ella

era su mayor delicia.

En fin, despues de algun tiempo,

hablamos de mi familia,

y me dijo, con acento

apasionado, que huiria

conmigo hasta el fin del mundo!

CESAR. ¡Bravo!

EMILIO. Que ella era muy rica,

y que en premio de mi amor...

CESAR. Vamos...

EMILIO. Que se casaria

conmigo.

CESAR. (¡Agua va!) ¡Eso sí

que se llama una conquista!

Pero usted...

EMILIO. Anoche la ví,

despues de catorce dias

de ausencia, y me repitió

lo mismo.

CESAR. Pero á su prima

confió usted...

EMILIO. Todo no;

yo la dije que tenia

una novia en esa calle,

y que... en fin, si aquí seguian

tratándome como á un chico,

que me escapaba.

CESAR. Y su prima

de usted...

EMILIO. Se lo refirió

letra por letra á mi tia.

Pues por eso es justamente

por lo que he estado estos dias

encerrado.

CESAR. Pues bien: yo

tomo á usted bajo mi egida;  
pero ha de hacer con sigilo  
todo cuanto yo le diga.

EMILIO. Sí, señor.

CESAR. (Bajando la voz.) ¿Conoce usted  
un cadete que en la esquina  
de esa calle está de guardia  
casi siempre?

EMILIO. ¡Ah! Sí, Mantilla,  
que está muy enamorado...

CESAR. ¿De quién?

EMILIO. ¿De quién? De mi prima;  
pero no diga usted nada.

CESAR. Bien; pues esta tarde misma  
le dice usted, como cosa  
suya, que haga una visita  
al tío, y le pida en regla  
la mano de Carmencita.

EMILIO. ¿Qué dice usted!

CESAR. Es el único  
medio de que se consiga  
nuestro objeto.

EMILIO. Bueno.

CESAR. ¿Usted  
dice que no ama á su prima?

EMILIO. No, señor, amo á...

CESAR. Ya estoy:

por eso quiero que diga  
eso á su amigo el cadete;  
pero sin que se aperciba  
nadie!

EMILIO. Por supuesto.

CESAR. Así  
será cosa muy sencilla,  
ya para mí, el proteger  
á usted en esa intriguilla...  
inocente.

EMILIO. ¡Ji, jí!... Así  
lo haré.

CESAR. Bueno; y si la tía  
le riñe otra vez...

EMILIO. (Con rapidez.) ¿Me escapo?

CESAR. (Pensativo.)

¡Chist!... Primero se medita  
bien lo que se debe hacer.

EMILIO.

Usted me dirá.

CESAR.

Si hay riña  
se va usted...

EMILIO.

¿Dónde?

CESAR.

A mi casa;  
pero sin que la primita  
lo sepa.

EMILIO.

¿Y podré allí ver  
á mi novia?

CESAR.

Sí; en seguida.

EMILIO.

Me parece que muy pronto  
me va á regañar mi tia.

CESAR.

(Mirando á la puerta de la izquierda.)

Aquí viene: mucho juicio,  
que aquí estoy yo.

EMILIO.

Bien.

## ESCENA VI.

DICHOS. DOÑA MERCEDES por la izquierda.

CESAR.

(Con gravedad cómica.)

La misma  
lección de hoy para esta tarde;  
es preciso repetirla,  
porque es muy difícil.

EMILIO.

Bueno.

(¿Hago ahora que me riña?)

CESAR.

(A Emilio.)

(¡Hombre, no!... Déjelo usted  
para luégo.)

EMILIO.

(¡Es que me pinchan!)

MERC.

¿Habré venido á estorbar  
tal vez?

CESAR.

Nada de eso; habia  
concluido ya por hoy  
la lección.

MERC.

¿Y qué, se aplica?  
Será quizá un holgazan

como siempre.

EMILIO. (A César.) (¡Esta es la mía!  
La suelto?)

CESAR. (Deteniendo á Emilio.)  
Al contrario: espero  
que si su bien examina  
y sigue como hasta aquí,  
alcanzará en breves dias  
su objeto.

MERC. Mucho lo dudo;  
como no tiene ni pizca  
de juicio, temo que al fin  
le aburra á usted y no consiga  
nada de él.

EMILIO. (A César.) (¿La suelto?)

CESAR. (Deteniéndole.) Creo  
que su inexperiencia misma  
me puede servir de mucho  
en mi plan.

MERC. Si usted lo afirma...

CESAR. Lo afirmo: me servirá. (Dirigiéndose á Emilio.)  
Ahora...

EMILIO. (¿Ahora?)

CESAR. Convendria  
que repasase usted un rato  
la leccion.

EMILIO. Voy en seguida.

(Aparece D. Antonio en la puerta de la derecha.)

CESAR. Despues... veremos si usted  
se porta.

EMILIO. (Con marcada intencion de amenaza.)

Hasta luégo, tia.

(Vase por el foro izquierda.)

## ESCENA VII.

CESAR, DOÑA MERCEDES, D. ANTONIO.

MERC. ¡Si no tuviera tan mala  
cabeza!...

ANT. ¡Es un tronerilla  
que nos da muchos disgustos!

MERC. Como usted no le corrija con sus consejos, de fijo, va á llegar muy pronto el dia en que ninguno en la casa pueda con él.

CESAR. Si él se fija bien en mis lecciones, creo... que hará carrera.

ANT. Cuando iba á estudiar al Instituto, griego y latin no aprendia; pero en puro castellano, segun tuve yo noticias, conjugaba el verbo amar con todas las que veia.

CESAR. ¡Niñadas sin fundamento!... Ya verá usted cómo olvida esas locuras.

ANT. Yo creo que las malas compañías son causa de todo!

MERC. Aquí, ya lo ve usted, nadie pisa los umbrales de esta casa.

ANT. ¡No señor, nadie!

MERC. ¡A la vista está!

ANT. Y ademas, sabiendo que no tenemos más hija que Cármen... y como dicen por ahí si es rica ó no es rica...

(Fijándose con naturalidad en César.)  
y hay tanto pillo en Madrid!...

CESAR. (Con gravedad.)  
Eso es verdad.

ANT. ¡Quién evita que el dia ménos pensado hubiera venido un quídam y... en fin, ya me entiende usted.

CESAR. Sí señor; soy de la misma opinion.

ANT. ¡Pues ya lo creo!

La educacion de mi hija  
y de mi sobrino Emilio,  
ha hecho que sea una ermita  
cerrada esta casa.

MERC.

Solo

don Juan, á quien se le mira  
más bien que como á un amigo  
como á uno de la familia,  
es quien, como usted ha visto...

CESAR.

Está aquí siempre; ¡oh!... se explica  
perfectamente.

MERC.

Su madre

me conoció á mí muy niña...

ANT.

(Con oportunidad.)

Con que ya ve usted si es larga  
la fecha.

MERC.

(Con inquietud.)

No lo decia

precisamente por eso.

CESAR.

Ya he comprendido: una amiga  
de la infancia es un recuerdo  
histórico, que se olvida  
dificilmente.

MERC.

Eso es.

Mi marido nunca habia  
pensado en establecer  
esta marcha; pero iba  
creciendo Cármen, y yo,  
viéndola ya granadita,  
dispuse este plan, y estoy  
muy satisfecha y tranquila.  
¡La reclusion es el todo!..

CESAR.

Señora, nada me admira;  
pues desde el momento mismo  
en que escuché su erudita  
conversacion, conocí  
su talento: ¿usted seria  
tal vez la que recordó  
á su esposo que autoriza  
el Gobierno la enseñanza  
doméstica?

MERC.

Es cierto.

CESAR.

¡Digna

idea de usted!

MERC.

Mil gracias.

ANT.

Muchos disgustos se evitan  
con eso.

CESAR.

Sí señor, muchos.

ANT.

Dar una carrera digna  
á un jóven, sin exponerle  
á que escuche, ni á que siga  
malos consejos.

MERC.

Y á que haya  
quien le enseñe picardías  
y le abra los ojos.

ANT.

¡Digo,

y que hoy no hay tunos!.. ¿No opina  
usted como yo?

CESAR.

(Con gravedad cómica.) ¡Los hay,  
sí señor; en cada esquina,  
en su propia casa, encuentra  
uno cada petardista!...

MERC.

Por eso aquí nadie entra.

ANT.

¡Nadie... no señor; ni hormigas!

CESAR.

¡Pues sino, con el descaro  
que hoy tienen!...

ANT.

Y no es mi hija

solamente la que exige  
este método de vida.Como he dicho á usted, Emilio  
se ha de casar con su prima...  
por razones especiales.

CESAR.

Ya comprendo.

ANT.

Carmencita

no ve más jóven que á él:  
él no ve más que á su prima;  
pues claro está que él y ella  
se han de enamorar el día  
ménos pensado!

CESAR.

¡Está claro!

Esa es una regla fija:  
cuando no hay donde elegir...

ANT.

Pues á pesar de esa rígida  
vigilancia, en poco estuvo

dar con toda esa doctrina  
al traste.

MERC. Sí señor.  
CESAR. ¡Hola!

MERC. Fué sólo una tontería;  
pero pudo traer malas  
consecuencias.

CESAR. ¿Una intriga  
amorosa, eh?

ANT. No sé cómo  
ni dónde vió á una individua  
que le levantó de cascos.

CESAR. ¡Pero eso concluiría  
muy pronto!..

MERC. No señor; hace  
tan sólo unos cuantos dias  
que desistió, al parecer,  
de sus pretensiones...

CESAR. Hijas  
de la inexperiencia.

ANT. Sí;  
pero que al fin destruía  
mi plan!.. Pues si se atrevió  
á decirme que se iba  
á casar si yo le daba  
mi permiso.

CESAR. ¡Tonterías  
de muchacho!...

MERC. Yo tal creo,  
y por eso estoy tranquila;  
ademas, usted ahora  
con esas sanas doctrinas  
que profesa, distraerá  
su atencion, y hácia su prima  
dirigirá su cariño.

CESAR. (Cogiendo el sombrero.)  
Lo intentaré.

ANT. ¿Se retira  
usted ya?

CESAR. Tengo que dar  
tambien leccion á otra niña,  
de historia... contemporánea,

en tanto que Carmencita  
repasa la suya: pronto  
volveré.

ANT. (Acompañándole hasta la puerta.)

Y esa intriguilla  
de Emilio cree usted...

CESAR. Corre

de mi cuenta el que desista  
de esos devaneos.

ANT. Gracias,

don Federico.

(Vase César por el foro.)

## ESCENA VIII.

DOÑA MERCEDES, D. ANTONIO.

ANT. ¡Qué mina!

¡Con tan buen amigo tienen  
todo cuanto necesitan  
para una buena instruccion  
Emilio y mi Carmencita!

MERC. ¡Qué penetracion!... ¡Qué pronto  
conoció que yo tenia  
mucho talento!... (Breve pausa.)

Si él

se interesase en la dicha  
de Carmen... nadie mejor  
puede hacer que de su prima  
se enamore Emilio: eso  
es en lo que tú debias  
fijarte más.

ANT. ¡Sí, que yo

no le he dicho en la entrevista  
que hoy hemos tenido, que era  
lo que yo desearia  
más que nada!

MERC. ¿Y él qué ha dicho?

ANT. Me dirigió una sonrisa  
tranquilizadora...

MERC. (Con impaciencia.) ¿Y luégo?

- ANT. Cerró sus labios.  
 MERC. ¡Oh! ¡Digna  
 expresion de su talento!  
 Ha comprendido en seguida  
 nuestros deseos, y quiere,  
 sin promesas repetidas,  
 realizar nuestro proyecto  
 por completo.
- ANT. ¿Sí?  
 MERC. ¡Me admira  
 su ideal... Los grandes hombres  
 así sus obras realizan.
- ANT. ¡Y es verdad!... ¡Pues yo creí  
 que mi encargo no le hacia  
 ninguna gracia!...
- MERC. ¡Qué poca  
 penetracion!... ¿No te indica  
 nada, ni nada te dice  
 su delicada sonrisa?
- ANT. Tienes razon.  
 MERC. Muchas veces,  
 sólo una mirada, explica  
 más que cien libros: ¡hay hombres  
 que no hablan nunca, y meditan  
 grandes cosas!
- ANT. Pues yo creo  
 como cosa muy precisa  
 el hablar para entenderse.
- MERC. El vulgo así racciocina;  
 pero los hombres de ciencia,  
 como él, piensan de distinta  
 manera: en fin, tú verás  
 cómo sin hablarle, fija  
 de una manera directa  
 su atencion en Carmencita.
- ANT. Yo me alegraré, aunque sea  
 sólo á fuerza de sonrisas!

## ESCENA IX.

DICHOS. JUAN, por el foro.

- JUAN. ¿Se puede entrar?  
 MERC. Pase ustedé,  
 don Juan.
- JUAN. Gracias.  
 ANT. ¿Cómo vamos  
 del pleito?
- JUAN. ¡Psh!... Aun estamos  
 lo mismo: yo creo que  
 muy pronto se fallará  
 ya, pero hasta que ese día  
 llegue...
- ANT. Sí; es una agonía  
 continua... ¡En fin, ya vendrá!
- JUAN. ¿Se ha marchado ya mi amigo  
 Federico?
- MERC. Hace un momento  
 que ha salido.
- JUAN. Pues lo siento.  
 MERC. ¿Por qué?  
 JUAN. Por nada: lo digo  
 por la sorpresa que voy  
 á darle.
- ANT. ¿Qué, le ha caído  
 el premio grande?
- JUAN. ¡Hemos sido  
 discípulos!...
- ANT. ¡Ah!  
 JUAN. ¡Soy  
 su amigo de la niñez!  
 MERC. Y él...
- JUAN. Todavía lo ignora:  
 ¡si yo mismo hace una hora  
 que lo he sabido!
- ANT. Tal vez  
 se separarian siendo  
 aun muy niños...
- JUAN. Claro está;

diez y seis años hará,  
 — parece que lo estoy viendo, —  
 que del colegio salimos,  
 jurándonos con ternura  
 una amistad firme y pura  
 como la que en él tuvimos.  
 Pero luégo la distancia  
 separó nuestro cariño,  
 y nuestra amistad de niño  
 olvidóse con la infancia.

MERC.

¡Es tan voluble esa edad!

ANT.

¿Y cómo ha sabido usted?...

JUAN.

Por otro amigo que hallé  
 por una casualidad.

Hablando de todo un poco  
 me dijo: «¿No sabes, Juan,  
 quién se ha casado?... ¡El truhan  
 de Federico!... aquel loco  
 que en el colegio llevaba  
 la palma de calavera.»

— No recuerdo... — «Pues si era  
 tu amigote!... ¡El que asaltaba  
 las despensas!» — ¡Yo al momento  
 me acordé!... ¡Si era una nube!...  
 Un día por él estuve  
 tres horas en cruz!... — «¡Contento  
 puede estar, dijo mi amigo,  
 con su boda!...» — ¿Pues con quién  
 se ha casado? — «Con Belen,  
 la sobrina que consigo  
 tenía la de Floralva.»

ANT.

¡Cómo!... ¡La que en Santander  
 estuvo con mi mujer!

MERC.

¡La misma!...

ANT.

Con que Villalba...

¡Cuánto me alegro!

MERC.

Quería  
 tanto allí á Cármen, que...

JUAN.

¿Quién,

Villalba?

MERC.

No, hombre, Belen,  
 esa jóven que tendria

entonces, si no me engaño,  
quince años.

JUAN. (¡Pobrecita!)

Y sería...

MERC. Muy bonita:

con Carmen bajaba al baño  
apenas rayaba el alba.

ANT. ¿Con que todo eso ha sabido  
de su amigo?... ¿Y cómo ha sido  
reconocer á Villalba?

JUAN. Seguimos allí hablando  
cuando le vimos pasar  
muy de prisa, y luégo entrar  
aquí: yo estaba contando  
cosas de poco interes  
á mi amigo, el cual llamó  
mi atencion, y saludó  
á Federico.— «Ese es,  
me dijo: ¿no le conoces?»

— ¡Aventura más graciosa!—  
Le llamé; mas no era cosa  
de ponerme allí á dar voces.

ANT. Pues no tardará en volver;  
aquí le podrá encontrar  
esta tarde, y reanudar  
su amistad

JUAN. Es un placer  
tan grato el ver á un amigo  
de la infancia!...

MERC. ¡Ya lo creo!

Es muy noble ese deseo,  
y celebro ser testigo  
de ese reconocimiento.

¡Ademas, mi enhorabuena  
debo darle por tan buena  
eleccion!... ¡Un casamiento  
como el suyo bien merece  
felicitarse!...

ANT. ¡Un partido  
tan ventajoso!...

MERC. ¡Ella ha sido  
siempre un ángel!... Me parece

que usted debe conocerla:  
cuando llegamos aquí  
de Santander...

ANT. Hombre, sí;  
entonces debió usted verla  
algunas veces: venia  
á jugar con Cármen.

JUAN. Ahora  
recuerdo...

MERC. ¡Era encantadora!...  
ANT. Rubia, esbelta...

JUAN. (Con hipocresía.) No podria  
decir yo tanto.

MERC. ¿Por qué?

JUAN. Sabe usted que no reparo  
en eso; que nunca paro  
mi atencion...

MERC. Cierto; olvidé  
que un jóven, como usted, evita  
toda ocasion peligrosa.

ANT. ¡Y como era tan hermosa!  
Hizo usted muy bien: quien quita  
la piedra, pone á distancia  
el peligro.

JUAN. Por fortuna  
hasta ahora...

ANT. (Mirando su reloj.) ¡Hola... la una  
ya! (Sacando la cartera.)

Esas noticias de Francia  
me tienen tan disgustado,  
que faltar no puedo un dia  
de Bolsa.

JUAN. Ayer se decia  
que mucho habian bajado  
los fondos.

ANT. (Examinando varios papeles de la cartera.)

Es la verdad,  
y lo siento: ¿viene usted?

JUAN. Sí, voy; le acompañaré  
un rato.

MERC. Y yo á Trinidad  
voy á escribir; ¿quieres algo?

- ANT. Nada.
- MERC. Pues... hasta despues.
- JUAN. Póngame usted á los piés  
de la tia.
- MERC. Bien. (Vase doña Mercedes por la izquierda.)
- JUAN. (Si salgo  
triunfante, hago mi carrera!...  
¡Suegro tengo por mi nombre!  
(Viendo los billetes que tiene D. Antonio en la mano.)  
¡Y digo que el suegro es hombre  
que le conviene á cualquiera!)  
Estoy á la orden de usted.
- ANT. (Repasando los papeles.)  
Billetes... letras... no es esto:  
creia que habia puesto  
aquí cierto pagaré...
- JUAN. (¿Si seria alguno mio?  
¡Son tantos los que negocio  
en mis momentos de ocio!)
- ANT. Cuando alguna cosa fio  
al escribiente... de fijo  
me ha de faltar algo. Usted  
me dispensará, saldré  
al momento. (Vase por la derecha.)
- JUAN. ¡Ay... qué buen hijo  
haria yo con un padre  
como este!... No hay en la córte  
un huérfano... de mi porte  
(Señalando el bolsillo del chaleco.)  
sin un perro que le ladre.

## ESCENA X.

JUAN: CARMEN por la izquierda sumamente triste: despues D. ANTONIO  
por la derecha.

- JUAN. ¡Ah... Carmencita!  
(Cármén se sienta junto al velador.)  
¿Qué es eso?  
¿Está usted mala?
- CARMEN. (Con seriedad.) ¿Yo? No.  
(Pausa: Juan se queda contemplándola.)

No señor.

JUAN.

Me pareció...

(Breve pausa.)

Sentiria... lo confieso,  
no poder á usted servir  
de consuelo en su pesar;  
mas si se empeña en callar...

CARMEN.

¡Si no lo quiero decir!

JUAN.

(¡Claro la niña se explica!)

CARMEN.

Lloro... porque tengo gana  
de llorar.

JUAN.

¡Ya!

(Sentándose á su lado.)

Usted se afana,  
Cármén, y se mortifica  
con inocentes pesares,  
cuando ya pensar debia  
en cosas que... ya podia  
comprender. Si los azares  
de la vida hay quien aumenta,  
tambien en compensacion  
tenemos un corazon  
que nuestras penas ahuyenta.  
En él se graba un placer,  
ese bello sentimiento  
que es el alma, el dulce aliento  
que da vida á la mujer.  
Y es tan dulce ese pesar,  
que por todas partes vemos  
la imágen del que queremos  
en todas partes hallar.  
¿Sabe usted, Cármén, por qué  
se siente así?

CARMEN. (Con inocente expresion.)

Sí señor;

¡si ya sé lo que es amor!

JUAN.

¿Y usted ama?...

CARMEN.

No lo sé.

JUAN.

(¡Hola! ¡No se va con calma  
César!) Sí, Cármén, amar  
es buscar la dicha, dar  
nueva vida á nuestra alma.

Sentir de otra el tierno amor  
 con que nos mira; que anhela  
 nuestro bien; que nos consuela  
 en momentos de dolor.  
 Si usted á comprender llegara...

CARMEN. (Con inocente candor.)

Si señor; por eso sé  
 que á quien amo no es á usted!

JUAN. (¡Esta, al ménos, se declara  
 con franqueza!) Ya comprendo;  
 el primito...

CARMEN. No señor;

le quiero... mas sin amor,

JUAN. Pues entónces no lo entiendo:

usted no sale de casa,  
 y aquí dentro no le es dado  
 amar, porque está vedado  
 el fruto ageno: el que pasa  
 los límites que el honor  
 impone como un deber,  
 ni lo hace honrada mujer,  
 ni eso es sentir puro amor.

CARMEN. No digo yo lo contrario.

JUAN. (Observando, como en toda la escena, si vuelve don Antonio.)

Bien; pues entónces... (Con misterio.)

Estoy

en el secreto!

CARMEN. ¿Qué?

JUAN. Soy

soy su amigo, y es necesario  
 que se confíe usted á mí,  
 para que no sepa nada  
 mamá!

CARMEN. ¿De qué?

JUAN. De la entrada

de Villalba.

CARMEN. ¿Dónde?

JUAN. Aquí.

CARMEN. ¿Ha venido?

JUAN. ¿Con que es él?

CARMEN. ¿De qué me habla usted?

JUAN. ¡Hija mia,

usted tal vez no sabia!..  
 ¡Pobre niña!.. ¡Cuán cruel  
 va ser para usted oír  
 la nueva que á mí ha llegado!

(Observando si viene don Antonio.)

Villalba...

CARMEN.

¿Qué?

JUAN.

¡Está casado!

CARMEN.

¡Casado!... Con que es decir...

JUAN.

Que aquel que logra abusar  
 de la más pura inocencia,  
 sembrando va en la conciencia  
 lágrimas que derramar.  
 Créame usted.

CARMEN. (Con inocente sentimiento.)

¿Por qué así

me habla usted?

JUAN.

(Observando.)

¿Por qué?... Porque...

yo tambien la quiero á usted  
 y anhelo su bien.

CARMEN.

¿A mí?

JUAN.

Pero mi afecto es sincero;  
 ¡tan puro cual lo ha señalado!

CARMEN. (Llorando y con sentida expresion.)

¿Por qué no está usted casado  
 y mi maestro soltero!

JUAN.

¡Cármén!...

CARMEN. (Levantándose.)

No quiero saber  
 más de lo que sé.

JUAN.

¿Qué veo!...

¿Llora usted?

CARMEN.

¡Pues ya lo creo!...

¿Tampoco lo puedo hacer?

JUAN.

(Levantándose al ver salir á D. Antonio.)

(¡Chis!)

CARMEN.

¿Qué?

JUAN.

(Su papá de usted.)

(Saludando á Cármén.)

Hasta luégo.

ANT.

Pronto damos

la vuelta. (A Juan.) Vamos...

JUAN.

Si, vamos.

(¡Mi objeto conseguiré!)

(Vanse por el foro.)

## ESCENA XI.

CARMEN.

¡Casado!... ¡No puede ser!  
Entonces, ¡por qué me ha hablado  
de esas cosas!... ¡Un casado  
es sólo de su mujer!...

(Breve pausa.)

¡Don Juan en todo se mete!...  
Sí, pero... ¡pues bueno fuera  
que al fin de todo tuviera  
que cargar con el cadet!...

## ESCENA XII.

CARMEN: EMILIO por la izquierda.

EMILIO. (Desde la puerta.)

No hay nadie, nadie: mi tío  
se habrá marchado á la Bolsa.  
¡Encerrarme como á un chico!  
¡Si hoy no he armado la gorda!...

(Viendo á Cármen.)

Carmela, ¡tú aquí!

CARMEN. (Con mucha gravedad.) ¿Qué quieres?

EMILIO. ¿Estás estudiando sola?

CARMEN. No estudio ya.

EMILIO. ¿Por qué, prima?

CARMEN. ¡Sé ya bastante, y me sobra!

EMILIO. Y yo tambien: pero aquí  
tú pasas por una tonta,  
y yo por un mentecato.  
Como don Juan es tan mosca,  
y siempre lo está diciendo  
ya de una manera ó de otra,  
¡lo han llegado á creer todos!  
¡Si es muy malo, muy hipócrita!  
Y cuando el muy testarudo

se empeña en alguna cosa,  
 ó se sale con la suya,  
 ó deja triste memoria.  
 Por él me ha encerrado hoy  
 tu mamá: ¡si la langosta  
 no hace más daño!... La dijo...  
 ¡que yo tenia una novia!...  
 Tú tienes la culpa.

CARMEN.

EMILIO.

¿Yo?

CARMEN.

¡Por qué dices esas cosas!

EMILIO.

No es así don Federico:  
 ¡ese sí que desde la hora  
 que nos conoció...

CARMEN. (Con interes.)

¿Qué, primo?

EMILIO.

Nada, prima; que me consta  
 que nos quiere como pocos.

CARMEN.

¿De veras?

EMILIO.

¡Si en otra cosa  
 no piensa más que en los dos!  
 Y yo... porque no es hipócrita,  
 le quiero con toda el alma!

CARMEN. (Llorando.)

¡Y yo también, primo!

EMILIO.

¿Y lloras  
 para decirlo?

### ESCENA XIII.

DICHOS. DOÑA MERCEDES por la izquierda.

MERC. (Saliendo.)

¿Qué es eso?

¿por qué no está usted en la alcoba  
 como le dije?

EMILIO.

Porque  
 todavía no era hora  
 de acostarse.

MERC.

¡Así contestas  
 á tu tia!

EMILIO.

Es que ya...

MERC.

Corra

usted donde le he mandado!

EMILIO. ¡Me da miedo estar á solas!

MERC. ¿Qué lenguaje es ese?

EMILIO. Tia,

si hasta aquí sufrí camorras  
de todo el mundo, hoy que sé  
que no soy una cotorra,  
no dejaré que me enjaulen  
como á un pájaro: y al mosca  
de don Juan, si otra vez vuelve  
con chismes ó trapisondas,  
le desbarato el bautismo  
y aquí paz y despues gloria.

MERC. ¡Emilio!

EMILIO. Lo dicho.

MERC. Luégo

verás si á tu tio...

EMILIO. ¡Toma!...

¡Sí, que le voy á esperar!

MERC. ¡Cómo que no!

EMILIO. Por la posta

saldré de aquí.

MERC. Lo veremos.

EMILIO. Y si no, cojo una soga  
y hago la triste figura:  
lo que es á mí no me acortan  
más la racion, ni me encierran  
como á un chiquillo: por ahora  
esa es mi resolucion.

MERC. ¡Yo te aseguro!... ¡Ola, ola!  
¿Con que esos humos tenemos?

(Notando que Cármen está llorando.)

Y tú, Cármen, ¿por qué lloras?

¿Qué conjuracion es esta?

CARMEN. Por nada.

MERC. ¿Por nada, y te ahogan  
los suspiros? ¿Te ha hecho algo  
tu primo?

EMILIO. ¿Quién, yo?... Señora,  
si soy alguna vez malo  
tiene usted la culpa toda.

MERC. ¡Insolente!

(Mirando hácia la puerta del foro.)

Ahora verás

cómo tu tío se porta.

EMILIO. (¡Ha parado un carruaje!)

(Se dirige hácia la izquierda.)

MERC. ¿A dónde va usted?

EMILIO. A Roma

por todo. (Vase corriendo.)

MERC. (Llamándole.) ¡Emilio!

## ESCENA XIV.

DOÑA MERCEDES, CARMEN : CESAR por el foro.

MERC. ¡Ah!... ¡Villalba,  
llega usted á buena hora!

CESAR. ¿Pues qué pasa?

MERC. ¡El señorito  
don Emilio, echando bombas,  
y la niña... ya ve usted!

(Señalando á Cármen, que sigue llorando.)

¡Yo no sé qué bataola  
han armado aquí los dos!

CESAR. Eso será alguna broma  
del primo.

CARMEN. (Reprimiéndose.) No, no señor.

CESAR. ¿No? ¿Pues qué pesar?...

MERC. Aboga  
siempre por él, y...

CESAR. (Pasando al lado de Cármen.) Ya entiendo:

¡el cariño que atesora  
su inocente corazón.  
es tan angelical!... Lloro  
porque riñen á su primo,  
y es natural: ¡su alma toda  
es el puro sentimiento  
del candor!... ¡Edad dichosa!  
¡Enjague usted ese llanto!

CARMEN. (Queriendo dominar sus suspiros.)

Sí, señor.

CESAR. Y usted, señora,

cálmese usted: yo hablaré  
luégo á Emilio, y esas bromas  
concluirán por completo.

MERC. Sí, porque si llega ahora  
su tío y se entera...

CESAR. Pronto  
pedirá perdon de todas  
sus culpas.

MERC. En usted fio,  
Villalba.

## ESCENA XV.

DICHOS. D. ANTONIO y JUAN por el foro.

ANT. (Entrando.) Llega usted á hora  
de encontrarle aquí.

JUAN. (Abrazando á César.) ¡Querido  
Federico!...

CESAR. (Asombrado.) ¡Don Juan!...

JUAN. ¡Toda  
ceremonia entre nosotros  
está demas!

CESAR. (¡Esta es otra!)

JUAN. ¿No te acuerdas del colegio?  
¿De tu amigo y compatriota  
Juanito?

CESAR. ¡No, no recuerdo:  
tengo tan mala memoria!

ANT. ¡Como hace ya tantos años!

JUAN. ¿Has olvidado las bromas  
que dábamos con cambiar  
los nombres?

CESAR. (¡Qué trapisonda  
habrá inventado este pillo!  
Preciso es seguir la broma!)

JUAN. Cuando íbamos á jugar...

CESAR. ¡Ah!... ¡Sí, sí; á casa de Lola!  
¡Pues no!... ¡Juanito del alma!...

(Dándole un pellizco al abrazarle.)

- JUAN. ¡Ay!
- MERC. ¿Qué es eso?
- JUAN. Nada.
- CESAR. ¡Cosa  
más singular!
- MERC. ¡El cariño  
que á la infancia se remonta  
es tan puro y verdadero!...
- CESAR. (A Juan.)  
(¡Ya me las pagarás todas!)
- JUAN. (¡Si, eh?)
- CESAR. (¡Pero llegas tarde!)
- JUAN. (¡Bien; ahora estalla la bomba!)
- MERC. Doy á ustedes mi cordial  
enhorabuena.
- CESAR. Señora,  
la admito con mucho gusto.
- JUAN. (A César.)  
Ya sé que has hecho una boda  
digna de tí.
- CESAR. (Asombrado.) (¡Eh!)
- MERC. ¡Ya lo creo!
- CESAR. ¡Yo!
- ANT. Sí tal.
- CESAR. (¡Esta es la gorda!)
- JUAN. Don Federico Villalba  
y doña Belen, su esposa,  
no se han dignado dar parte  
de su enlace, á las personas  
que en tanto aprecio los tienen.
- CESAR. (¡No es mal belen el que ahora  
me está armando este tunante!)
- JUAN. Justamente estas señoras  
conocieron... á Belen,  
en Santander, ó en Reinosa,  
no recuerdo.
- MERC. Sí señor:  
y esperamos que, con toda  
confianza, honren ustedes  
esta casa.
- CESAR. (Con aturdimiento.)  
Yo... señora,

mil gracias.

MERC. ¡Vaya!... Mañana  
sin andar con ceremonias  
les esperamos á ustedes  
á comer.

CESAR. ¡Oh... tanta honra!...

MERC. Y á usted tambien, don Juan.

JUAN. Gracias.

ANT. Será una reunion... histórica,  
que servirá para hablar  
de recuerdos.

CESAR. (Pues la broma  
es seria!) Yo...

MERC. Sin excusas.

CESAR. Agradezco á usted con toda  
mi alma su ofrecimiento,  
pero... (Mirando á Juan.)

hace dias, mi esposa  
se encuentra algo delicada...

ANT. ¡Entónces es otra cosa!  
Esta tarde irá Mercedes  
á verla con Cármen.

JUAN. (¡Sopla!)

CARMEN. (¡Lo que es yo!...)

CESAR. No lo consiento.

(¡Pues señor, ruede la bola!)

Acepto, y mañana mismo  
les presentaré á mi esposa.

(Iré á ver si Federico  
me la presta un par de horas.)

ANT. Entónces no hay más que hablar.

MERC. (Viendo á Cármen que está llorando.)

Niña... ¡Otra vez!

ANT. ¿Por qué lloras?

CARMEN. (Procurando dominar sus sollozos.)

Si yo... no lloro, papá.

(¡Con que era verdad!)

## ESCENA XVI.

DICHOS. RAMON por el foro: despues ROSA por la izquierda.

RAMON. (Entrando.) Señora.

MERC. ¿Qué quieres?

RAMON. El señorito

Emilio...

MERC. ¿Ha hecho alguna otra?

RAMON. Se ha escapado por la puerta  
del jardin.

ANT. ¡El!...

RAMON. Y en su alcoba,  
sobre la mesa, ha dejado  
esta carta.

MERC. (Abriéndola.) ¡Qué zozobra!  
(Leyendo.)

«Tia: No puedo sufrir á usted más, ni á mi tio  
»tampoco: yo soy todo un hombre, como ya he di-  
»cho á usted, y no queriendo que me traten como á  
»un chiquillo, me marchó para siempre en busca  
»de la que amo para casarme con ella y ser feliz.»

ANT. ¡Jesus, Jesus! ¡Qué muchacho!  
¡Cómo!... ¡Casarse con otra!  
MERC. ¡Don Federico, por Dios,  
de usted hará caso!... ¡Corra  
en su busca!... ¡Usted tambien,  
don Juan, y tú!...

ANT. (Tirando del cordon de la campanilla.)

Voy.

CESAR. Señora,  
tranquilícese usted.

MERC. (Sentándose.) A mi  
me va á dar una congoja.

CARMEN. (Sosteniéndola.)  
¡Mamá! (Toca la campanilla que estará sobre el velador.)

ANT. (A Ramon que se presenta en la puerta del foro.)

Mi coche.

RAMON. Ahí espera  
un jóven que hablar á solas

quiere con usted.

ANT. ¿Quién es?

RAMON. Un cadete.

CARMEN. (¡El!)

ROSA. (Saliendo.) ¿La señora  
llamaba?

ANT. (A Ramon.) Que vuelva luégo,  
que estoy ocupado en cosas  
muy graves ahora.

CARMEN. (A Rosa.) Una taza  
de tila. (Vase Rosa.)

RAMON. Dice que importa  
mucho á todos su visita.

CARMEN. (¿Qué querrá?)

CESAR. Tal vez conozca  
á Emilio, y bien puede ser  
que haya sabido su loca  
resolucion...

MERC. Y nos traiga  
noticias de él: reflexiona  
usted con juicio.

ANT. Que pase  
á mi despacho. (Vase Ramon.)

JUAN. (Esto es obra  
de César... ¿qué intentará?)

CESAR. (A Juan.)  
Acompaña á estas señoras  
mientras yo su paradero  
descubro.

ANT. (Dirigiéndose hácia su despacho.)

Y yo...

CESAR. Si usted logra  
saber algo de ese jóven,  
Juan me avisará.

JUAN. (Acercándose á doña Mercedes.)  
(¡La broma  
es pesada!)

ANT. Hasta despues,  
Villalba. (Vase D. Antonio.)

MERC. ¡Qué trapisonda!

(Doña Mercedes y Cármen se retiran por la izquierda seguidas de  
Juan.)

**CESAR.** (Á Juan con acento melodramático, deteniéndole en la puerta de la izquierda y conduciéndole al centro de la escena.)

¡Ya fuego á la mina dí!...

**JUAN.** (Asombrado.)

Pero...

**CESAR.** ¡Juan... nada te asombre!

¡O pierdo mi ilustre nombre,

ó Roma se alza ante mí!

(Vase por el foro. Juan queda asombrado en medio de la escena. Telen rápido.)

**FIN DEL ACTO SEGUNDO.**

---

---

# ACTO TERCERO.



La misma decoracion.

## ESCENA PRIMERA.

JUAN, RAMON.

JUAN. (Entrando.)

¿Con que dices que ha salido  
don Antonio?

RAMON. Pero creo  
que volverá pronto.

JUAN. ¿Y nada  
se sabe del paradero  
de Emilio?

RAMON. Don Federico,  
segun oí, ha descubierto  
dónde vivia la prógima  
que... pues, la...

JUAN. Sí, sí; ya entiendo:  
¿pero don Antonio ha ido  
á ver á esa mujer?

RAMON. Creo  
que sí señor.

JUAN. ¡Pues en buena  
se ha metido!... Y el maestro,  
¿no ha venido todavía?

RAMON. ¡Fué con el amo!...

JUAN. ¡Lo siento!

Si viene alguno á buscarme,  
me avisarás al momento.

RAMON.

Está muy bien. (Vase Ramon por el foro.)

## ESCENA II.

JUAN.

Pues señor,  
¡hoy es un dia completo  
de emociones!... Esperar  
el resultado de un pleito  
el dia de la sentencia,  
es superior, lo confieso,  
á mis fuerzas. ¡Dios benigno,  
escucha una vez mis ruegos,  
y ten compasion de un pobre  
que va á pasar el invierno  
más cruel que los nacidos  
han pasado, si tu inmenso  
poder no se compadece  
de mi estado financiero!  
¡Escucha las oraciones  
que en este mismo momento  
te dirigirán los muchos  
ingleses que ven su puerto  
de salvacion en el fallo  
de un tribunal! (Breve pausa.)  
¡Procuremos  
cobrar ánimo!... (Pensativo.) Tenia  
á César en mucho; pero  
desde que oí la brillante  
defensa que ha hecho en mi pleito,  
creo que el gran Ciceron  
es á su lado un chicuelo.  
¡Qué elocuencia!... Lo que es César  
para mí, si gano el pleito,  
es, sin género de duda,  
el hombre de más talento!...

## ESCENA III.

JUAN: D. ANTONIO por el foro.

ANT. (Entrando muy agitado.)

¡Si hoy no me da un tabardillo!...

¡Uf!... Qué día!...

JUAN. ¿Qué hay de nuevo?

ANT. (Sentándose.)

¡Qué ha de haber, señor don Juan!...

Que, gracias á Dios, tenemos

ya á Emilio en puerto seguro

de salvacion!...

JUAN. Lo celebro,

don Antonio.

ANT. ¡Es un infame...

un descastado!... ¡Me ha hecho

pasar un rato!... ¡Qué rato!

¡Bueno ha sido, bueno, bueno!

¡Hacer á su pobre tío

ir, sin ningun miramiento,

á una casa... para mí

desconocida!... ¡Si aquello,

desde su estrecho portal

no era casa, era un infierno! (Breve pausa.)

Llamamos, y nos abrió

un sér de asqueroso aspecto:

era una vieja encogida,

repugnante hasta el extremo,

sin un diente ya en su boca

y desgredado el cabello.

Su traje... aunque de verano,

tenia mucho de invierno,

pues cubria sus girones

con un manton ceniciento.

Yo... no queriendo ver más,

que ya era bastante aquello,

me dirigi hácia la puerta;

y Villalba, conociendo

mi situacion, me indicó

que abandonara mi puesto,

que él hablaría... á la vieja.  
 Pero apénas mi sombrero  
 tomé en la mano, se puso  
 delante de mí, con cierto  
 aire de gran confianza,  
 y dirigiéndome el resto  
 de una sonrisa, que más  
 que sonrisa, era el remedo  
 de una mueca, empezó á hablar  
 con una voz... que la tengo  
 todavía en los oídos!  
 Aturdido por completo,  
 no pude oír lo que aquella  
 Arpía me dijo, y creo  
 que gané mucho con ser  
 sordo en aquellos momentos;  
 pues á juzgar por su estampa,  
 no podía nada bueno  
 salir de aquel viejo saco  
 de pecados!.. Lo que siento  
 es el rato que Villalba,  
 que allí se quedó en efecto,  
 pasará en aquella casa!

JUAN. No señor; lo que es por eso  
 no tenga cuidado alguno:  
 él sabrá buscar el medio  
 de deshacerse bien pronto  
 de la vieja: irá derecho  
 al asunto... y nada más.

ANT. (Levantándose.)

¿Pero es posible que el trueno  
 de mi sobrino haya ido  
 á una casa... de ese aspecto?

JUAN. Yo aseguro á usted que pronto  
 le sacará de ese enredo  
 nuestro amigo Federico.

ANT. ¡Dios lo quiera!... Mucho debo  
 á ese jóven; pero ahora,  
 si consigue nuestro objeto  
 y corrige á mi sobrino,  
 segun me ha ofrecido, creo  
 que no he de tener con qué

pagarle!.. ¡Ha sido en efecto una suerte el encontrar un jóven de tanto mérito!

JUAN. Tiene usted mucha razon: ¡mucho vale! (No me atrevo á hablar hoy en contra de él!.. ¡A quién no enmudece un pleito de veinticinco mil duros!) (Queda pensativo.)

ANT. ¡Pues y ayer!... ¡Tambien fué bueno el rato que el cadetito me dió!... ¡Pedirme el muñeco, y en toda regla, la mano de Carmencita!... Y no es eso lo peor, sino que el niño, atrevido hasta el extremo, me amenazó con sacarla por justicia, si á sus ruegos correspondia la niña!... Creo que en aquel momento me tuvo Dios de su mano, porque sino... ¡No, no quiero ni recordarlo!...

JUAN. (Ensimismado en su idea.)  
(¡Si el fallo fuese contrario!)

ANT. (Notando su distraccion.) ¿Qué es eso?  
¿Se pone usted otra vez malo?

JUAN. No señor; es que hoy... espero el fallo del tribunal...

ANT. ¡Ah, sí, sí! ¿Sobre su pleito?

JUAN. Precisamente; y la duda...

ANT. Es natural; lo comprendo.  
Pues, con permiso de usted, voy á ver en un momento á Mercedes, que me espera con impaciencia, y deseo decirla que ya está Emilio en casa de su maestro.

JUAN. ¿En casa de Federico?

ANT. Sí, señor: mucho debemos á este amigol...

JUAN. Yo tambien

voy á ver si saber puedo  
algo de mi asunto.

ANT. Bien;  
pues entónces hasta luégo.  
¿Volverá usted?

JUAN. Sí señor.

ANT. Con impaciencia deseo  
saber el fallo, y Dios quiera  
que sea como yo anhelo.

JUAN. Gracias. (Vase D. Antonio por la izquierda.)

#### ESCENA IV.

JUAN: despues CESAR por el foro.

JUAN. ¡Y aun no he visto á Cármen!  
(Dirigiéndose hácia el foro y poniéndose el sombrero.)

¡Lo primero es lo primero!

CESAR. (Entrando.)

¿Dónde vas?

JUAN. ¡César!...

CESAR. ¿A quién  
has comprado de desecho  
esa cara?

JUAN. ¡Ay, César!

CESAR. Calla.

JUAN. (Bajando la voz, pero con mucho interes.)

¿Sabes algo?

CESAR. ¡Hombre, recuerdo  
tantas cosas!... Desde niño  
que empecé á estudiar...

JUAN. ¡Dejemos  
las bromas, que estoy que pueden  
ahogarme con un cabello!

CESAR. ¡Ola!... ¡Pues la que tú ayer  
me armaste, no tiene precio!

JUAN. ¡Pero te guardé el incógnito!

CESAR. ¡Ya!... ¡Dejándome sin gremio  
conocido! ¡No ser viudo,  
ni casado, ni soltero,  
y serlo todo á la vez!

- JUAN. Si, mas... ¡yo discurrí eso en defensa propia!... Así convinimos.
- CESAR. ¡Pues me has puesto en un grave compromiso!
- JUAN. ¿Sí?
- CESAR. Ya ves; Villalba creo que... á pesar de mi honradez, no querrá hacerme ese empréstito voluntario?
- JUAN. En eso opino como tú; pero te ruego que nos dejemos de bromas. ¿Sabes algo de mi pleito?
- CESAR. ¡Pues no he de saber!...
- JUAN. ¡Ay!... Habla.
- CESAR. ¿No he sido yo quien ha hecho la defensa?
- JUAN. ¡Sí; y brillante!
- CESAR. Gracias; pues ya ves si debo saber algo; y más que algo.
- JUAN. ¡Dale!... ¡Si no digo eso! Te pregunto ¿que si sabes el resultado?
- CESAR. ¡Ten pecho, amigo Juanito!
- JUAN. ¡Ay, César, tú sabes algo!...
- CESAR. ¡Yolvemos á las mismas!... ¿No te he dicho que de aquel piélagos inmenso no he dejado ni una letra!...
- JUAN. (Cogiendo el sombrero.) Adios.
- CESAR. ¿Te vas?
- JUAN. ¡Y no vuelvo á gastar bromas contigo!
- CESAR. Pues mira, te lo agradezco; porque lo que es la de ayer ha sido pesada.
- JUAN. (Queriendo disculparse.) Es cierto; pero... ¡ya comprendes tú

que en tan críticos momentos!...

(César mira su reloj.)

¿Qué miras?

CESAR. ¡Hombre, el reloj!

JUAN. ¡Sí, pero algo indica eso!

CESAR. ¡Ya lo creo!

JUAN. (Con vivo interes.) ¿Qué?

CESAR. Las horas.

JUAN. (Con seriedad.)

¡Eres muy cruel!...

CESAR. ¡Yo!

JUAN. ¡Viendo

cómo estoy, burlarte así

de mi impaciencia... no creo

que eso es digno de un amigo

como tú!

CESAR. ¿Te pones serio?

Pues haces mal.

JUAN. ¡Si te hallases

tú en mi lugar!...

CESAR. Lo primero

que haria, créeme, Juan,

seria dar tiempo al tiempo;

y sin perder la esperanza,

que es lo último que tenemos

que perder, procuraria

indagar por algun medio

el estado de mi asunto;

pues dando quejas al viento

ó preguntando al que sabe

ménos que tú, por exceso

tal vez de amor propio, nada

se alcanza; créeme.

JUAN. (Con aturdimiento.) Es cierto;

voy á ver al escribano

y al juez, y... (Abrazándole.)

¡Ay César!

CESAR. ¡Volvemos

á los suspiros!...

JUAN. Adios.

CESAR. Escucha.

JUAN. ¿Qué quieres?

- CESAR. (Mirando al reloj.) Dentro  
de una hora, tal vez podamos  
saberlo.
- JUAN. ¿Cómo?
- CESAR. ¡Sabiéndolo,  
hombre!...
- JUAN. ¿Pero dónde?
- CESAR. Irás  
al Suizo; allí nos hemos  
citado...
- JUAN. (Con impaciencia.)  
¿El juez? ¿El fiscal?  
¿El escribano?...
- CESAR. (Con calma.) Y el reo.
- JUAN. ¡Hum!...
- CESAR. Tú espérame allí y calla;  
pero antes, si quieres...
- JUAN. Quiero.
- CESAR. Puedes ver si está en su casa  
mi procurador.
- JUAN. Corriendo.
- CESAR. El te informará si hay algo.
- JUAN. Bien. (Se dirige hácia la puerta del foro.)
- CESAR. ¿Pero hombre, y el sombrero?
- JUAN. ¡Ah, sí!... ¡Tengo la cabeza  
como un molino de viento!... (Vase por el foro.)

## ESCENA V.

CESAR: despues CARMEN por la izquierda.

- CESAR. ¡Comprendo bien su impaciencia! (Pensativo.)  
¡Si perdiese el pleito!... No,  
no puede ser!... ¡Tengo yo  
muy tranquila mi conciencia! (Breve pausa.)  
¡Es extraño que mi tío  
aun no me haya contestado!... (Pausa.)  
¡Si en mi carta ha meditado,  
lo hará!... (Con seguridad.) ¡Lo hará! En ello fio.
- (Se sienta en la butaca al lado de la chimenea, sin que pueda  
ser visto despues por Cármen.)  
Veamos lo que promete

mi plan!... (Queda pensativo.)

CARMEN. (Saliendo.)

No hay nadie ahora aquí.

(César, que estará arreglando la chimenea, deja caer las tenazas.)

(Dando un grito.)

¡Ay!

CESAR. (Levantándose.)

¿Qué es eso?

CARMEN. (Asustada.) Yo... creí...

creí que era usted el cadete!

CESAR. ¿Tanto miedo inspira á usted ese jóven?

CARMEN. ¡Atrevido es por demas!... ¡Ya he sabido á qué vino ayer!

CESAR. ¿Sí?

CARMEN. ¡Fué muy mal hecho!... Yo no he dado motivo para eso, y hoy me ha reñido papá!... ¡Estoy con un miedo!...

CESAR. Ya he hablado yo á ese jóven, y prometo á usted que no volverá á impacientarla.

CARMEN. ¿Y papá lo sabe?

CESAR. Con ese objeto vengo á verle; por lo tanto, recobre usted, hija mía, por entero su alegría.

CARMEN. (Con sentida expresion, bajando los ojos.) Sí señor.

CESAR. ¿Qué otro quebranto aflige á usted?

CARMEN. (Turbada.) ¿A mí?...

CESAR. ¡Advierto que está usted triste!

CARMEN. ¿Por qué?... ¡De mi primo Emilio sé que está ya en su casa!...

CESAR. Es cierto.

- CARMEN. Y nada debe afligirme.
- CESAR. ¿De veras?... ¡Dice usted eso de una manera!... ¡Confieso que algo tiene que decirme!
- CARMEN. No me atrevo...
- CESAR. ¿Por qué?... Vamos, sea usted franca conmigo: ¿no soy su mejor amigo?
- CARMEN. Sí, mas...
- CESAR. ¿Qué es ello? Sepamos.
- CARMEN. (Con marcada entonación de sentimiento.)  
«Que aquel que logra abusar  
»de la más pura inocencia,  
»sembrando va en la conciencia  
»lágrimas que derramar!»
- CESAR. ¿Quién le ha enseñado á usted tanto?
- CARMEN. Don Juan: por él he sabido... que usted es casado...
- CESAR. (Bajando la voz.) Eso ha sido una broma.
- CARMEN. (Con alegría.) ¿Sí?
- CESAR. Sí.
- CARMEN. ¡Cuánto me alegro!... (Ruborizándose.) Quiero decir... Bueno es que usted se convenza...
- CARMEN. (Con sencilla expresión.) ¡Sí... pero... me da vergüenza el volverlo á repetir!
- CESAR. ¡Ese inocente candor aumenta más su belleza!... Vamos á hablar... con franqueza; ¿quiere usted?
- CARMEN. (Con inocente impaciencia.) Yo... sí señor.
- CESAR. Pero un silencio completo guardará de cuanto aquí hablemos...
- CARMEN. Bien.
- CESAR. Siendo así seré franco.
- CARMEN. Lo prometo.
- CESAR. Pues escúcheme usted: Juan,

como todo el mundo, habia su plan formado, y temia que yo anulase ese plan. Más claro: Juan aspiraba á ser dueño por completo de su mano...

CARMEN. ¿Sí?

CESAR. Y su objeto era, por si yo estorbaba sus planes, que por casado me tuviera usted.

CARMEN. ¡Pues es una gracia!...

CESAR. Su interes hácia usted ha motivado esa idea, para mí descabellada.

(Con marcada intencion.)

¡Qué daño puedo hacerle yo!... ¡Un extraño, como quien dice, que aquí, aunque con grato placer, ha entrado por una rara casualidad!... ¡Quién repara en mí, para conocer que mi cariño es profundo y que, á fuer de profesor, doy mis lecciones de amor como pocos en el mundo!

CARMEN. (Con naturalidad.)

¡Sí señor; eso es verdad!

CESAR. Pues bien; ese afecto santo tiene para mí un encanto de inmensa felicidad. Yo levanto en mi alma un templo al amor, con ciega fe: para probárselo á usted voy á ponerla un ejemplo. Figúrese usted que ahora, consagrándola mi amor, me amase usted.

CARMEN. (Con inocencia.)

Sí señor.

**CESAR.** ¿Qué dicha más seductora  
podríamos los dos ver  
ante nuestro porvenir,  
que nos hiciera sentir  
más dulce y puro placer?  
Siempre juntos, buscaría  
donde hallar nueva ocasión  
de aumentar su distracción  
y sostener su alegría.  
En el teatro, en paseo,  
fuéramos á pié ó en coche,  
nunca pondría reproche  
á su inocente deseo.  
Su cariño para mí  
sería mi único bien!...  
¡Porque usted, Cármen, también  
me amaría!... ¿No es así?

**CARMEN.** Sí señor.

**CESAR.** ¡Su acento escucho  
con cariño!... ¡Edad hermosa!  
¿Y sería usted dichosa  
si yo la amase así?

**CARMEN.** (Con inocente timidez.) Mucho,

**CESAR.** ¡Su inocente confesión  
es hoy mi mayor ventura!  
Pues bien... la amo con locura,  
con todo mi corazón.  
Sí, Cármen; por eso entré  
en esta casa; por eso  
fuí su maestro, y confieso  
que no me arrepentiré.

**CARMEN.** (Mirando hácia la puerta de la izquierda.)

¡Ah!... Mi papá. Sus rigores  
hácia mi primo, aplacar  
procure usted.

(Con infantil alegría, dirigiendo una mirada cariñosa á César.)

¡Voy á dar  
muchos besos á mis flores!

(Vase corriendo por el foro.)

## ESCENA VI.

CESAR.

¡Cuánto valor tiene, cuánto  
ese afecto tan sincero! (Breve pausa.)  
Pero esa carta que espero  
de mi tío... ¡tarda tanto!...

## ESCENA VII.

CÉSAR: D. ANTONIO y DOÑA MERCEDES, por la izquierda.

ANT. ¡Ya está aquí don Federico!

MERC. ¿Y Emilio?

CESAR. Sin dilacion  
vendrá aquí conmigo.ANT. ¡Cuánto  
debemos á usted!...MERC. Si hoy  
no parece, de seguro,  
me da un nuevo sofocon!

CESAR. ¡Es un pícaro... un infame!

Sí; pero es un pecador  
arrepentido, que espera  
muy sumiso ya el perdon.  
Y yo, si tiene algun mérito  
lo que por él he hecho hoy,  
suplico á ustedes que sean  
indulgentes.

ANT. Sí, señor.

MERC. Por ser usted quien por él  
intercede, que si no...ANT. Eso he querido decir:  
aunque la falta, en rigor,  
es grave...

CESAR. No se ha perdido

nada; porque una leccion  
á tiempo, evita un peligro,  
á veces mucho mayor  
que el que tenemos delante.

MERC.

Negar á usted ese favor  
seria una ingratitud.

ANT.

¡Está claro!

CESAR.

Gracias: voy  
en su busca, y al momento  
volveremos.

(Volviéndose hácia D. Antonio.)

¡Ah!

ANT.

¿Qué?

CESAR.

Hoy

he hablado tambien... y en serio,  
al cadetito en cuestion.

ANT.

¡Hum!.. ¡No me le nombre usted!

CESAR.

¡Buen trabajo me costó  
el hacerle desistir  
de su loca pretension!

ANT.

(Con interes.)

Pero, al fin, ha desistido?

CESAR.

Formal palabra me dió  
de no volver á inquietar  
á ustedes.

ANT.

¡Quizá el temor  
que le infundiria usted!..

CESAR.

Tal vez.

ANT.

¡Conozco que yo  
no sirvo para esas cosas!...  
Me temo. ¡Yo soy atroz  
cuando me enfado!

MERC.

¡Es usted

el ángel libertador  
de la familia!

CESAR.

Señora...

MERC.

Toda nuestra admiracion  
y nuestro afecto no bastan  
á pagar tanto favor  
como nos ha dispensado  
usted.

CESAR.

Llevo una intencion,

sin embargo.

MERC.  
CESAR.

¿Cuál?

Hacerme

de algun modo acreedor  
à ese cariño... que aprecio  
con todo mi corazon.

ANT. (Abrazándole con efusion.)

¡Don Federico!..

CESAR. (Aceptando la mano que le tiende doña Mercedes.)

Señora...

ANT. Usted es ya desde hoy  
para nosotros... un hijo!

CESAR. A falta de otro mejor,  
eso es todo cuanto anhelo;  
créanme ustedes.

## ESCENA VIII.

DICHOS. RAMON por el foro con varias cartas.

RAMON. (Entrando.) ¡Señor!

ANT. ¿Qué quieres?

RAMON. ¿Dejo las cartas  
en el despacho?

ANT. (Cogiéndolas.) No, no;

con don Federico tengo  
confianza.

MERC. Oye, Ramon:  
que enganchen la carretela,  
que va á salir el señor  
don Federico.

CESAR. Mil gracias.

(Vase Ramon.)

ANT. (Examinando algunas cartas.)  
Cartas de pago: un talon  
del Crédito catalan;  
bien.

(Abriendo otra.)

¿Y esta? ¡Gracias á Dios  
que se acuerda de nosotros

nuestro amigo Palma!

CESAR. (¡Oh!

¡De mi tío!.. ¡Llegó el trance supremo!.. Ejem... ¡Atención!)

ANT. (Leyendo para sí con creciente extrañeza.)

«Para mi sobrino César  
» la mano de tu hija...» O yo  
tengo turbada la vista...

CESAR. (Observándole.)

(¡Grande ha sido la impresion!)

MERC. ¿Qué te dice nuestro amigo  
Palma?

ANT. (Con aturdimiento.)

No lo sé.

MERC. ¿Que no? (Con viveza.)

¡Te escribirá ya en inglés  
tal vez!...

ANT. (Fijándose en la carta.)

(¡Si tendrá razón  
mi mujer!...) Creo que sí,  
porque no entiendo...

MERC. El señor,

que todo lo sabe bien,  
podrá traducirla.

ANT. No;

no es necesario: la carta...  
la carta está en español,  
y sin embargo...

MERC. Veamos

qué es lo que dice.

ANT. A eso voy.

(Leyendo.)

«Querido Antonio: Hace dos días he recibido una  
» carta de mi sobrino César, en la que me entera de  
» la manera extraña con que se ha presentado en tu  
» casa, guiado por el más puro amor hacia tu hija.  
» Esto sería una nueva calaverada suya si al día si-  
» guiente de su presentación no me hubiera escrito  
» dándome parte de todo su proyecto, lo cual justi-  
» fica algún tanto su proceder, pues con esto prueba  
» que su conducta en tu casa sería siempre digna de

»un hombre de honor y delicadeza. En fin, querido  
 »Antonio, despues de haberlo pensado muy seria-  
 »mente, te pido para mi sobrino César la mano de  
 »tu hija.»

¿Pero señor, y quién es  
 ese sobrino?

MERC. Eso estoy  
 pensando...

ANT. Si será...

MERC. ¿Quién?

ANT. ¿El cadete?

MERC. No, hombre, no;  
 si es un niño, y el sobrino  
 de Palma...

ANT. Tienes razon;  
 su sobrino debe ser  
 un pez de marca mayor.  
 ¿Entiende usted algo de esto,  
 don Federico?

CESAR. Yo... no;  
 no estando en antecedentes  
 es difícil.

ANT. Pues señor,  
 ¡á quién le sobra un sobrino  
 por ahí que esta confusion  
 pueda aclarar!...

CESAR. Entre tanto  
 que usted lo recuerda, voy  
 por Emilio.

ANT. (Con interes.) Y si de paso  
 puede usted indagar...

CESAR. Si yo  
 no doy con él...

ANT. Pues por eso.

MERC. No eche usted en olvido que hoy  
 esperamos á Belen.

CESAR. Agradezco su atencion. (Vase por el foro.)

## ESCENA IX.

DOÑA MERCEDES, D. ANTONIO, despues CARMEN.

ANT. ¡Esta carta viene á ser  
un logogrifo!... ¿Quién entra  
en mi casa que ninguno  
conocemos?

MERC. ¡Si á Carmela  
pudiéramos preguntar!...

ANT. ¡Pero mujer, eso fuera  
abrirle los ojos!

MERC. ¡Calla!  
¡No dices más que simplezas!  
¿Te parece que yo iria  
á hablarla de modo que ella  
pudiera ni aun conocer  
mi intencion?

ANT. (Mirando hácia la puerta del foro.)

Aquí se acerca.

MERC. Pues cállate, y no lo echas  
á perder.

CARMEN. (Apareciendo en la puerta del foro y mirando hácia el interior.)  
(Por la escalera  
baja ya.)

MERC. ¿Qué estás mirando,  
niña?

CARMEN. (Acercándose con alegría á doña Mercedes.)  
Nada.

MERC. ¡Muy contenta  
estás hoy!

CARMEN. ¡Mucho, mamá!

ANT. Sabe que Emilio...

(Doña Mercedes le hace señas para que calle.)

(¡Me aterra  
mi mujer con sus miradas!)

MERC. (Cogiendo la mano á Cármen y haciéndola sentar á su lado.)  
Vamos á ver: ¿por qué era  
por lo que ayer estuviste  
llorando?... ¡Las hijas buenas,

confían á sus mamás  
todo!

CARMEN. ¿Ayer?

MERC. ¿No lo recuerdas?

ANT. Tal vez su primo...

MERC. (Imponiéndole silencio.) ¡Hum!

ANT. (Ya callo.)

CARMEN. Como se escapó...

MERC. No es esa

la verdad: porque tú estabas  
ántes de que sucediera  
eso muy triste.

CARMEN. Yo...

MERC. Sí.

CARMEN. No me acuerdo.

MERC. ¿No?... ¡Pues buena  
memoria tienes!... ¿Y hoy,  
por qué estás tan satisfecha  
y alegre?

CARMEN. Como mi primo  
va á volver...

ANT. ¡Es claro!

MERC. (A Cármen, despues de imponer otra vez silencio á D. Antonio.)

¿Es esa

la verdad? (Breve pausa.)

¿Por qué te callas?

CARMEN. Como está usted hoy tan séria,  
y ayer me riñó papá  
por el cadete...

MERC. No temas.

CARMEN. (Con inocente expresion.)

¡Y yo no tuve la culpa!

Ni yo le amo, aunque él me quiera,  
ni por él mi corazon  
suspira tampoco.

ANT. ¡Aprieta!

¡Pues ya sabe mucho más  
que yo creí!...)

MERC. ¿Qué manera

de hablar es esa?

CARMEN. (Con temor.) Yo...

MERC. Cármen,

es preciso que yo sepa  
lo que pasa : tú me ocultas  
algo.

CARMEN. No, mamá.

MERC. Te empeñas  
en callar... dando motivo  
para que yo no te quiera!

CARMEN. (Acariciándola.)  
¡Mamá!

MERC. No, si no me engañas.

ANT. (¡Estas escenas me afectan!)

JUAN. (Dentro.)

Dame otro abrazo, Ramon.

ANT. ¿Qué ruido es ese? ¿Quién entra  
alborotando? (Mirando hácia el foro.)

¡Es don Juan!

## ESCENA X.

DICHOS. JUAN.

JUAN. (Echándose en los brazos de D. Antonio.)

¡Don Antonio!... ¡Qué sorpresa!...

¡He ganado el pleito!... ¡Soy  
el más feliz de la tierra!

ANT. ¡Hombre, bien!

MERC. Mucho me alegro,  
y le doy mi enhorabuena.

(Cármén se dirige á la puerta del foro á observar si vuelve César.)

ANT. Era una cosa...

JUAN. ¡Justísima!...

¡Pero sin embargo, César  
se ha portado como un héroe!

¡Qué discurso! ¡Qué defensa  
ha hecho!

ANT. ¿Quién dice usted?

JUAN. Mi abogado.

ANT. ¡Ya!

MERC. Ese César,  
¿no es el sobrino de Palma,

nuestro amigo?

JUAN.

El mismo.

MERC.

Que era

un trueno...

JUAN.

(Con entusiasmo.) ¡Un sabio, señora,  
con un talento... que apenas  
abre su boca, es capaz  
de conmover á una piedra!  
Dispense usted si cometo  
alguna de mis simplezas,  
porque estoy fuera de mí.

MERC.

Es muy natural.

ANT.

(A Juan con misterio.) Quisiera  
decir á usted dos palabras  
sobre esta carta.

JUAN.

¡Aunque sea  
sobre el asunto más arduo!...  
Hoy me encuentro ya con fuerzas  
para todo... Pero si ántes  
me permite que dos letras  
ponga á mi familia...

ANT.

Si.

JUAN.

Estará con impaciencia...  
pues aunque ya he puesto un parte  
telegráfico, quisiera  
dar algunos pormenores  
importantes que interesan  
á todos.

ANT.

En mi despacho  
hallará lo que desea.

JUAN.

Gracias. (Dirigiéndose al despacho.)  
¡Veintinco mil  
duros!... ¡Oh fortuna inmensa!...

(Vase por la derecha.)

## ESCENA XI.

DOÑA MERCEDES, D. ANTONIO: CARMEN, observando en la puerta  
del foro.

ANT.

Se vuelve loco, de fijo.

MERC.

Esa suma representa

para él una gran fortuna,  
y no es extraño que venga  
tan contento.

ANT. Eso es verdad. (Bajando la voz.)

Ya has oído, conoce á César,  
y él podrá enterarnos...

MERC. Sí;

pero cuando esté Carmela  
delante, ni una palabra.

ANT. Mujer, eso ya se deja  
conocer; por eso ahora  
le he indicado que quisiera  
hablarle á solas.

CARMEN. (Desde la puerta.) ¡Mamá,  
mamá!...

MERC. ¿Qué es eso?

CARMEN. (Con alegría.) ¡Ya llega  
mi primo!

ANT. ¡Gracias á Dios!

MERC. Ten un poco de firmeza.

ANT. ¡Ya verá quién es su tío!

MERC. Es preciso que en tí vea  
carácter.

ANT. Cuando te digo  
que... (Viendo entrar á Emilio.)  
¡Ejem!

## ESCENA XII.

DICHOS. CESAR y EMILIO por el foro.

CARMEN. (Desde la puerta.) ¡Emilio!

EMILIO. (Con temor.) Carmela...

CESAR. (Separándolos.)  
(¡Chis!... Primero á los papás.)

(Bajo á Emilio.)

(Acérquese usted: más cerca.)

EMILIO. (A César.)  
(¿Empiezo?...)

CESAR. (A Emilio.) (¡Pero cuidado  
con aumentar ni una letra.)

**EMILIO.** (Como si recitase una leccion de memoria, mirando de vez en cuando á César, que marcará su aprobacion.)

Tia: por el mal camino  
que guia la inexperiencia  
de la juventud...

**MERC.** (Interrumpiéndole.) Bien, bien:  
primero á tu tio: empieza.

**EMILIO.** (Volviéndose hácia don Antonio.)

Tio: por el mal camino  
que guia la inexperiencia  
de la juventud, habia  
dado un paso; pero apenas  
una mano amiga pudo  
detenerme, mi conciencia  
despertó de su letargo,  
y reconozco, con pena  
en el corazon, que he hecho  
un disparate: si aun queda  
un resto de mi cariño  
en su alma, la mia espera  
su perdon, y arrepentido  
rezaré la penitencia.

**ANT.** Yo te perdono, si cumples  
como dices tu promesa.

**EMILIO.** Sí, señor.

**ANT.** ¡De lo contrario!...  
ahora tu tia te espera.

**EMILIO.** (Volviéndose hácia doña Mercedes.)

Tia: por el mal camino  
que guia la inexperiencia...

**MERC.** Tu confesion he escuchado:  
tu tia nunca desea  
más que tu bien: te perdono;  
pero si otra vez no piensas  
con más juicio, no te acuerdes  
más de mí.

**ANT.** (A Emilio.) Bien: ahora venga  
esa mano, y ¡cuidadito  
conmigo!...

**CARMEN.** ¡Primo!...

**EMILIO.** ¡Carmela!

(Los dos se demuestran mutuamente su natural alegría.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. JUAN por la derecha.

JUAN. (Dirigiéndose á César con alegría.)

¡César de mi corazón,  
hemos triunfado!...

ANT. (Con admiracion.)

¡Qué he oido!

¡César!

MERC. ¡César!

CESAR. (A Juan.)

(¡Me has perdido!)

JUAN. (Yo...)

CESAR. (Calla.)

MERC. ¡Qué confusion

es esta?...

ANT. (Con aturdimiento.)

Vamos con calma,  
que hoy anda suelto el demonio!

(Dirigiendose á César ya con alguna duda.)

Villalba...

CESAR.

No, don Antonio,  
soy el sobrino de Palma.

ANT.

¡Usted!...

CESAR.

Negar lo seria  
inútil ya.

JUAN.

(A César.)

(¡Pero hombre!...)

CESAR.

César es mi propio nombre.  
Y si en esta casa un dia  
con otro entrar conseguí,  
fue sólo... porque otra puerta  
no pude encontrar abierta  
para llegar hasta aquí.  
Comprendo que no es razon  
que pueda satisfacer,  
pero yo debo ya hacer  
muy clara mi confesion.  
Guiado por el amor  
más puro, pisé esta casa:  
quien entra así no traspasa  
los limites del honor.

(Dirigiéndose á D. Antonio.)

Repase usted en su memoria  
cuál fué mi comportamiento,  
(Volviéndose hácia doña Mercedes.)  
y usted, con su buen talento,  
extienda mi ejecutoria.  
Que obré con poca razon,  
lo confieso á pesar mio!..  
Esa carta de mi tio  
es mi justificacion.

CARMEN. (Afligida al ver la gravedad de D. Antonio.)  
(¡Emilio!)

EMILIO. (Calla, y no llores.)

JUAN. (A D. Antonio.)

El bien que á todos ha hecho  
nos da aquí cierto derecho  
para ser... intercesores.  
Yo, sin él, hoy qué seria?  
Nada, un pobre diablo!

ANT.

¡Ya!

EMILIO.

¡Y yo un pillo!

CARMEN.

¡Y yo, papá,

colegiala!

ANT.

¡Tú, hija mia!

(Volviéndose hácia César con gravedad cómica.)

¡Su atrevimiento merece  
grave castigo en conciencia!...

CESAR.

Cumpliré la penitencia  
que me imponga.

ANT.

¡Hum!

(A doña Mercedes.)

(¡Me parece

que estoy en carácter!...)

MERC.

(A D. Antonio.)

(Sí;

pero si ella le ama...

qué hemos de hacer ya?)

ANT.

(A César, siempre con la misma gravedad.)

Reclama

usted...

(César señala á Cármen.)

¡Ya estoy!...

(Breve pausa.)

¡Siempre fui

inexorable!..

(Marcándolo mucho.) ¡Es que quiero

que conste así!... Sin embargo,  
yo... de todo me hago cargo,  
y... en fin... habla tú primero.

(Dirigiéndose á doña Mercedes.)

MERC. (Tendiendo á César la mano, que éste estrecha afectuosamente.)

Por mí, perdonado está.

CARMEN. (Abrazando con alegría á doña Mercedes.)

¡Mamá!..

ANT. (A César.) ¡Qué... no viene usted á darme un abrazo!

CESAR (Con natural descaro.) Es que...  
mi genio es tan corto.

ANT. ¡Ya!

(Se abrazan.)

JUAN. (A D. Antonio.)

¡Bien, don Antonio!

ANT. (Encarándose con él.) ¡Don Juan,  
que el señor me haya engañado...  
bien!.. ¡Pero usted se ha portado  
como si fuera un truhan!

JUAN. (Con aturdimiento.)  
¡Como el pleito!... ¡Pero estaba  
á la mira! ¡Y con testigos  
de vista! (Señalando sus ojos.)

ANT. (Volviéndose.) ¡Buenos amigos  
tienes... Antonio! ¡No andaba  
mala en mi casa!

EMILIO. (A César.) Maestro;  
¿doy otro abrazo á mi prima?

CESAR. (Dudando.)  
Primo... (Consintiendo.) Bien; si no se arrima  
mucho...!

EMILIO. (Riéndose con malicia.)  
¡Como soy tan diestro!

(A Cármen, despues de abrazarla.)

Dime, ¿jugarás con Rosa  
y conmigo?

CARMEN. No.

EMILIO ¿Por qué?

CARMEN. Primo... porque ya tendré  
que pensar en otra cosa!..

**CESAR.** (Dirigiéndose al público.)

Libre por el mundo andaba  
 sin norte, guía, ni luz,  
 hasta que encontré mi cruz  
 donde ménos lo pensaba.  
 ¡Todos caen!.. El más diestro,  
 quizá ántes que yo he caido;  
 en fin... no echeis en olvido  
 que os lo dice un buen maestro.





EN DOS ACTOS.

Bruschino, L.  
De incógnito, L. y M.  
El postillon de la Rioja, L.  
El resucitado, L. y M.  
Entre mi mujer y el negro, L.  
La cola del diablo, L.  
Marina, M.  
Llamada y tropa, M.  
¡ Quien manda, manda! M.

Cadenas de oro, M.  
Catalina, L.  
Campanone, L. y M.  
Dos coronas, M.  
El arca de Noé, M.  
El valle de Andorra, L.  
El hijo de familia ó el lancero voluntario, L. y M.  
El sargento Federico, L.  
El juramento, L.  
El paraíso en Madrid, L.  
El secreto de una dama, L.  
El agente de matrimonios, M.  
El caudillo de Baza, L. y M.  
El dominó azul, M.  
El planeta Venus, M.  
Galanteos en Venecia, L.  
Giraldá ó el marido misterioso, L. y M.

La embajadora, L. y M.  
La cacería real, M.  
La Estrella de Madrid, M.  
La tabernera de Lóndres, M.  
Los filibusteros, L.  
Los piratas, L.  
Los Madgyares, L.  
Los circasianos, L. y M.  
Margarita, L.  
Mis dos mujeres, L.  
Rival y duende, L. y M.  
Un día de reinado (mitad), L.  
Un estudiante de Salamanca, L. y M.  
Un viaje al rededor de mi suegro, L.  
Un trono y un desengaño (3.<sup>a</sup> parte), M.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Amor y misterio, L.  
Amor y arte, L. y M.  
Amar sin conocer, L.  
Azon Vizconti, M.

Amor y misterio, L.  
Amor y arte, L. y M.  
Amar sin conocer, L.  
Azon Vizconti, M.

Cuando se ejecute alguna obra cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galeria reclamar y cobrar los derechos.

OBRAS.

Comentarios del emperador Carlos V. Rvn. 46.  
Historia de la música española, 4 tomos, 400.  
Ecos nacionales (poesias), 42.  
Ecos del alma (Id.), 8.

Veladas poéticas (Id.), 6.  
El beso de Júdas (novela), 6.  
La niña expósita (Id.), 8.  
Hist. de una venganza (Id.), 8.  
Una virg. y un dement. (Id.) 8  
Los Maldonados (Id.), 8.

Catecismo de la Doctr. cristiana y Compendio de la Historia Sagrada, 4.  
Etica elemental, 42.  
Reló aritmético, 40.

**VENTA EN MADRID.**

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,  
CALLE DE CARRETAS, NÚMERO 9.

---

**EN PROVINCIAS.**

EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.